COMEDIA FAMOSA.

LA BATALLA DE LAS NAVAS, Y EL REY D. ALFONSO EL BUENO.

DE DON PEDRO LANINE SAGREDO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Alfonso.	*La Reyna Doña Leonor.*	*Santiago Apostol.*
Alvar Nuñez, Galan.	*Zorayda, Dama, Mora.*	*San Isidro Labrador.*
D. Diego Lopez de Haro.	*Jarifa, Graciosa, Mora.*	*Un Angel. Música.*
El Arzobispo D. Rodrigo.	*Fenix, Criada.*	*Soldados Christianos.*
Chorizo, Gracioso.	*Mahomad Miramamolin.*	*Soldados Moros.*
Alcuzcuz, Vejete.	*Abdalla, Barba, Moro.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Suenan dentro Caxas y Clarines y ruido de guerra, y dicen dentro

Unos. VIva Alfonso.
Otros. Viva el grande
Macemud, Príncipe nuestro.
Unos. Castilla viva.
Otros. Arma, guerra.
Unos. Viva Alfonso el Noble.
Otros. A ellos.

Salen Alvar Nuñez riñendo con Zorayda, Chorizo y Jarifa.

Alvar. Rendid, villanos las vidas.
Zorayd. Noble Christiano, primero
será despojo la tuya
de los filos de este acero.
Alvar. Bello prodigio Africano,
aunque cautivarte intento
para hacerte de mi vida
(siendo yo tu esclavo) dueño,
pues me rinde tu hermosura,
tuyo será el vencimiento.
Zorayd. Gallardo jóven, á quien
en la palestra de Vénus
y no en la arena de Marte
se puede rendir mi esfuerzo,
confieso que de tu brio,
de tu garvo y de tu aliento
estoy ya presa, no juzgues
que es poco lo que confieso;
pues lo que no ha conseguido

el grande poder inmenso
de quantos Reyes ilustran
todo el Mahometano Imperio,
tú en un instante has podido;
y así, á tus pies este acero
sea troféo y laurel,
que corone tu ardimiento
el triunfo de confesarlo
la vanidad de mi pecho.
Alvar. Aguarda, asombro divino,
vuelva á ceñirse tu aliento
el acero que me rindes,
que fuera ultraje en mi afecto
que se vieran á mis pies
los despojos de tu cielo.
Chor. Y usted no se rinde? *Jarif.* No.
Chor. Por qué causa?
Jarif. Porque he hecho
voto de nunca rendirme,
hasta que me den primero.
Chor. En su ley saben votar?
Jarif. Si, que Mahoma fué Arriero.
Zorayd. A tan hidalga atencion
agradecida me veo.
Dentro. Arma, guerra. *Alvar.* Ya la lid
se renueva, y al empeño
me llama mi obligacion.
Zorayd. Pues qué disponeis?
Alvar. Qué puedo
disponer, quando ya todo
el alvedrío es tan vuestro,
y os adoro? que podeis
á vuestro Campo volveros.
Zorayd. La libertad que me dais,
no tanto ya os agradezco
por libertad. *Albar.* Pues por qué?
Zorayd. Porque habiéndoos visto, es cierto
que no la tendré jamas.
Alvar. Qué decís?
Zorayd. Que si el honesto
recato no embarazara
las cláusulas del silencio
á mi amor::-
Dentro D. Diego. El Rey peligra:
á esta parte, Caballeros.
Alvar. Ya no puedo detenerme,
vete, vete, que primero
es el Rey. *Zorayd.* Qué en fin te vas?
Alvar. Es preciso. *Zorayd.* Qué te pierdo?
Alvar. Ese es mi dolor. *Zorayd.* Qué pena!
Alvar. Mas el Rey es lo primero:
á Dios.

Al irse á entrar Alvar Nuñez, sale el Rey herido en un brazo, y algunos Soldados deteniéndole.

Sold. Vuestra Magestad
se retire, que es exceso
(estando herido) arriesgar
en su vida la del Reyno.
Rey. No me detengais, amigos,
que esta púrpura que vierto,
esta sangre que derramo,
enciende en glorias el pecho:
al caer precipitado
un Moro entre otros, que muertos,
destrozados y abatidos
dexa mi invencible acero,
su lanza encontró en mi brazo,
y mi propio movimiento
causó esta superficial
herida; atadme al momento
esta banda, y no impidais
que vuelva á la lid mi esfuerzo.

Sale D. Diego Lopez de Haro, Barba.

Diego. Será en vano, porque el Moro
la victoria va siguiendo,
y todo tu Campo roto,
lleno de estragos sangrientos,
queda cubierto de heroycos
Castellanos. *Rey.* Pues con ellos
he de morir. *Diego.* Eso es
aventurar todo el Reyno:
retírese vuestra Alteza,
las reliquias recogiendo
del Campo, y fortalecido
estorbe el daño postrero,
cerrando el paso á Castilla,
que esto importa.
Rey. Pues Don Diego
Lopez de Haro, ya será
para eterno monumento
de los venideros siglos,
padron inmortal del tiempo,
esta batalla de Alarcos,
en que nuestro noble esfuerzo
salió vencido. *Diego.* Tu culpa *ap.*
dió

dió este triunfo al Sarraceno,
pues con Raquel una Hebrea,
ofende tu amor al Cielo.

Rey. O fiero dolor! mas qué
me entristece, quando tengo
á Raquel, que es la victoria
mas grande de mis afectos?
Pero Alvar Nuñez de Lara,
quién está con vos?

Alvar. Ya, Cielos, *ap.*
libertad no puedo darla.
A los primeros reencuentros
de la batalla, intentando
quitar al contrario un puesto,
despues de haberle rompido
un Batallon con ligero
galope, ví, que unos Moros
fuga de mí hacer quisieron:
seguilos, pero fué en vano,
porque todos se escondieron
en una emboscada, donde
entrando solo y resuelto,
hallé esa hermosa Dama;
y segun su porte veo,
aunque ganó la victoria
tan ventajoso y sobervio
el Moro, perderá en ella
aun mas que vale su Reyno.

Zorayd. Mucho debo á la fortuna, *ap.*
pues he salido del riesgo
de tener que agradecer
lo que no puedo deberos.
Zorayda soy, Castellano
Monarca, que tus pies Régios,
como si fueras mi Rey,
gustosa y rendida beso. *Arrodíllase.*

Rey. Alzad del suelo.

Zorayd. Al mirarle *ap.*
se suspende mi respeto.

Diego. Qué graciosa que es la Mora!
no ví rostro mas perfecto; *ap.*
su hermosura á la memoria
me trae el fatal suceso
de una hija que perdí
recien nacida.

Zorayd. Qué nuevo *ap.*
impulso al ver este anciano
arrastra mi propio afecto!

Dentro. Arma, guerra. *Caxas.*

Chor. Quál se zurran.

Diego. El Moro va ya siguiendo
la victoria: gran señor,
retiraos, que pretendo
defender aqueste paso.

Rey. Supuesto que es vano intento,
estando sin gente ya,
hacerle cara, yo quiero
vuestro consejo seguir.

Diego. Aqueste es seguro puesto,
en él os podeis quedar.

Dentro. Arma, guerra. *Caxas.*

Diego. Ya mi esfuerzo
os defiende, Castellanos. *Vase.*

Chor. Como á liebres van los perros
siguiendo nuestros Christianos.

Alvar. Todo el Exército entero
por aquella parte va
siguiendo su fuga. *Rey.* El Cielo,
sin duda, por mis delitos
permite aquestos sucesos.

Chor. Ya no se alcanzan á ver.

Rey. Pues ya distantes nos vemos
del enemigo, entre tanto,
que con la gente Don Diego
llega, decidme, Zorayda,
quién sois; porque el tratamiento
conforme á vuestra persona
se os ha de hacer en mi Reyno.

Zorayd. Ya que Alá soberano lo dispuso,
y el decirte quien soy (ó Rey) no excuso;
oye, señor, verás que al informarte
tienen los mios en tus acasos parte:
y puesto, que al decirlos
brevemente, es preciso referirlos,
dexando los blasones excelentes,
que ilustraron mis claros ascendientes,
cuyo regio explendor y estirpe alta,
tantas Diademas con su sangre esmalta,
pues del gran Mahomad, q̃ aun hoy difunto
es de la fama su valor trasunto,
soy hija, de aquel Rey, cuyas hazañas
temblar hicieron todas las montañas,
que hay en España desde el Calpe Hibleo,
hasta el pálido Monte Pirineo.
Póstumo aborto destinó la suerte
que fuese, pues nací dando la muerte

á quien debí la vida, que el aliento
sufocó de mi madre el sentimiento
de perder á su esposo, con que oriente
fué para mí su rígido occidente,
dexándome en tan grande desventura
humo, que resultó de su hermosura,
expuesta al desamparo y contingencia
de la suma ó la sabia Providencia;
pues Abdalla, un pariente
y amigo de mi padre confidente,
segun él muchas veces me revela,
tomó con tal cariño mi tutela,
que á decirte me atrevo,
que no dándome el ser, aun mas le debo.
Crióme en el retiro de esta sierra,
que con tanto peñasco el paso cierra
á un Alcázar, que oculta entre los broncos
laberintos de ramas y de troncos.
Crecí, y quantos me vieron,
todos por comun voto en mí aplaudieron
aquella perfeccion, que desvanece
solo por parecer que bien parece.
Creció la fama, y con clarines de oro
convocó en mi alabanza quanto Moro
Príncipe reconoce el Africano
y el Andaluz dominio soberano.
Esto supuesto como fundamento,
sabe tambien, que quando aquel violento
estrago padeció la Andalucía,
quando tus armas noble conducía,
llenando de pavor, espanto y miedo,
aquel Marte Arzobispo de Toledo,
Don Martin Lopez digo, cuya gloria
eterna siempre vive en la memoria;
así que la comun tragedia vieron
los nuestros, y su afrenta conocieron,
todos con el dolor se avergonzaron,
y con el sentimiento provocaron
la airada rabia, que con nueva furia
á vengar les llamaba tanta injuria.
Consultaron las armas, y prudentes,
hallándose sin fuerzas suficientes,
llamaron en su ayuda al absoluto
Abenyucef, por nombre Macemuto,
gran Miramamolin de nuestras gentes,
que es lo mismo, que Rey de los vivientes,
y segun el Arabigo interpreta,
Rey de la Religion de nuestra seta;
esto es, en quien se adora venerado
el dominio político y sagrado.
Ser pública la causa, y una misma
la afrenta contra toda la Morisma,
fué el preciso pretexto de llamarle,
y por atraerle y obligarle,
mi retrato enviaron, y ofrecieron
mi mano en premio, porque conocieron,
que era medio eficaz: llegó á su vista
la imágen, y al instante mismo alista
mas Naciones, que el Africa produxo,
y pasando el Estrecho las conduxo
en una Armada, que ocupando el viento,
y oprimiendo del mar el elemento,
toda la tierra en ella parecia,
al mirarla de léjos, se movia;
pero al llegar se vió, que dentro encierra
aun mas que contener pudo la tierra.
Desembarcó del Betis en la orilla,
en la Ciudad de Alcides en Sevilla,
que es antiguo del Orbe Emporio ufano,
blason heroyco del poder Romano,
desde donde me envió cien Dromedales
cargados todos de opulencias Reales,
y con ellos tambien su pensamiento,
cifrado en tributarme rendimiento.
Agradecida sí, mas no obligada,
dí respuesta cortés á su embaxada:
encendióse su llama con mi yelo,
y fué á mí acercando su desvelo:
á Córdoba pasó, de allí á Baeza,
desde donde á temer Castilla empieza
la ruina, á que vecina se apercibe;
mas como en tu Real pecho siempre vive
generoso el valor, como en su centro,
con tus gentes le sales al encuentro:
fortificar á Alarcos ya pretendes,
porque con esto el paso le defiendes:
él tus intentos frustra, y porque se halla
ventajoso, presenta la batalla:
tú, aunque con poco número de gente,
con espíritu y ánimo impaciente,
el darla no rehusas: suena en bronces
la seña de embestir; mi aliento entónces,
llamado de los ecos, que derrama
tanta trompa marcial, mi afecto llama;
mal dixe, pues curioso mi deseo
me sacó del retiro, por si veo

al

al que pretende conquistarme esposo;
porque siendo, como es tan poderoso,
no puedo persuadirme acá en mi idea,
que tan galan como le pintan sea;
y no lo siendo, es muy terrible empeño
admitirle sin gusto por mi dueño.
A este fin yo y Jarifa, disfrazadas
baxamos por aquestas emboscadas
con nuestra gente, al tiempo que venian
unos Moros, que ciegos casi huían
(en sus Caballos de otros Caballeros,
que el presente acaudilla) tan ligeros,
que á no impedir su curso ramas tantas,
los fugitivos fueran á sus plantas
despojo cierto; pero en fin huyeron,
y en el alcance con nosotras dieron.
Procuró nuestra gente, pero en vano,
defendernos del noble Castellano;
mas viendo que su brio los acosa
(ó infame accion! ó suerte rigurosa!)
á la fuga su miedo se acelera,
dexándome en el Campo prisionera.
Este es mi orígen, este mi progreso,
este de mi crianza es el suceso,
esta de mi prision la dura suerte;
mas no siendo mi dicha, si se advierte
que por ella, señor, he conseguido
ver un Monarca, que es tan aplaudido,
que por mas que la fama lo publica,
tanto como es la fama no se explica,
hallando en esos pies seguro puerto
la nave de mi error y de mi acierto.

Rey. La fortuna en sus acasos
siempre fué varia, y un mismo
accidente, en que da gloria,
es de una pena motivo:
próspero se considera,
Zorayda, ya mi enemigo,
y quando mis gentes vence,
triunfo yo de su alvedrío:
de mí serás estimada.
Alvar Nuñez, el prodigio
de Zorayda llevarás
á la Reyna, y el debido
hospedage á su persona
se le hará en el quarto mismo
de la Reyna. *Zorayd.* Gran señor,
beso tus pies.

Sale un Soldado con dos cartas.

Sold. A este sitio
han llegado dos correos
con estos pliegos. *Vase.*

Rey. Aviso
será de importancia: en tanto
que yo aquestas cartas miro,
adelántate á la Corte
con Zorayda. *Alvar.* Ven, divino
iman del afecto, donde
el Rey manda. *Zorayd.* Mi alvedrío
te sigue. *Alvar.* Gozoso voy. *Vanse.*

Chor. Y ya te sigue Chorizo.

Jarif. Chorizo se llama? *Chor.* Si:
oiga el gesto que me hizo.

Jarif. Jamas he oido tal nombre.

Chor. Aqueste es solo apellido:
Extremadura es mi patria,
que de allá son los Chorizos. *Vanse.*

Lee el Rey, y al paño un Soldado.

Sold. Apartado de su gente
al Rey veo, aqueste aviso
quiero en su mano poner:
pero suspenso y remiso
me turba el temor, al ver
lo mucho que ha de sentirlo,
y darle una pesadumbre
cara á cara, es gran delito.

Rey. En esta carta me avisa
de Toledo el Arzobispo,
que el Rey de Navarra (en vez
de ayudarme en mis conflictos
contra los Moros) por Soria,
y Almazan, los Campos mios
entra talando: (ó dolor!)
mas en mis Vasallos fio
se defenderán valientes;
y si acá en el pecho mio
vive Raquel, qué entristece
á mis impulsos altivos?
De quién será estotra carta?
de la Reyna es: qué prolixo
será su estilo! zelosa
como siempre me habrá escrito:
mas quiero leerla. *Lee.*

Sold. Ya he hallado
traza para mi designio;
pues tantos arcos y flechas

en aqueste Campo miro,
que los Moros han dexado,
desde léjos determino,
poniéndole en una flecha,
encaminar este aviso.

Rey. En esta dice la Reyna,
que el Rey de Leon mi primo
ha hecho liga con los Moros
Bárbaros, que en el distrito
habitan de Extremadura,
y que contra mí han rompido
por tierra de Campos: ó
ingrato! rigor ïmpio!
Que el parentesco no sea
entre los Reyes motivo
de amistad, y que la sangre
obligue á ser enemigos!
Mas qué me detengo? ya
Don Diego habrá recogido
el Exército, y con él
(despues que fortalecido
haya de aquesta Frontera
las Plazas y los Castillos)
marchar contra entrambos Campos
al instante determino.

Sold. Desde aquí esta flecha llegue,
á donde no me he atrevido.

Arroja una flecha con un papel, y vase.

Rey. Pero qué es esto? á mis pies,
rompiendo el ayre, ha caido
un papel atravesado
de una flecha: qué motivo
será? mas sea el que fuere,
yo leo. Señor, un fino *Lee.*
vasallo os avisa, que
(si no muerta) en gran peligro
de serlo queda Raquel;
tanto la envidia ha podido.
El Cielo os guarde. Ah traidor,
infame papel, qué has dicho!
pero mal digo: ah leal,
fiel, atento y fino amigo!
Mas qué constancia resiste
en dolor no prevenido
de un impensado tormento,
un rigor tan excesivo?
O qué ligero volaste
en las alas conducido
de aquesta flecha, que sobra
donde la noticia vino!
para atravesarme el alma
te sobraban estos filos;
pues no ensangrientan tus plumas
lo que aquella que te ha escrito:
pero qué haré, quando advierto
este riesgo tan preciso?
Mas detenerme á pensarlo,
es ofender el cariño:
á Toledo iré veloz,
donde fiero y vengativo
seré terror, seré asombro
de quien cometió el delito. *Vase.*

Salen la Reyna, Fenix, Criada, y Damas, y canta la Música.

Música. Ay, que rie el Aurora!
no rie, que llora;
que llora, que siente
al ver que en sus brazos,
si el Sol amanece,
sus luces ausenta
dexando su oriente.

Reyna. Si ausente llora la Aurora
del Sol el amante ardor,
de un Sol Español mi amor
ausencias y zelos llora:
y en lágrimas, que divisa
el amor en sus desvelos,
solo es llanto el de los zelos,
y es el de la ausencia risa:
y así, bien puede sonora
con mas certeza decir
la voz al verla sentir::-

Reyn. y Mús. Ay, que rie, q̃ rie la Aurora!

Música. No rie, que llora;
que llora, que siente
zelos, de que siga
sus rayos ardientes
Clicie enamorada
de sus luces siempre.

Reyna. Si llora el desasosiego
suyo, zelos de quien ama,
no es risa la que derrama,
lágrimas serán de fuego:
no canteis mas.

Fenix. Pues, señora,
la Música no divierte

tu

tu pesar? *Reyna.* No, Fenix mia,
que aunque armonía hacer suelen
la Música y el Amor,
suenan muy distintamente
un afecto destemplado
con una asonancia alegre;
y ese concepto amoroso
del Alva mas me entristece,
pues si llora ausencia y zelos,
lo propio mi afecto siente.
Ausente al Rey idolatro,
y él ingrato á mi amor siempre,
aun atenciones de esposo
mis afectos no le deben;
pues tan agena de sí
su memoria allá me tiene,
que habiéndole escrito yo
en negocios diferentes,
aun la pérdida de Alarcos
mis ánsias no le merecen,
si quiera de ceremonia,
lo que Raquel le merece.
Ay, enemiga Raquel!
mal digo, que tú no tienes
culpa en ser querida, para
que yo desgraciada fuese.

Fenix. La culpa tiene Raquel;
no así, señora, prudente
autorices su delito:
el rigor, las altiveces
de la sinrazon del Rey
mi señor, si bien se atienden,
nacen del amor tan grande
que á Raquel tiene, pues siempre
que una culpa se idolatra,
una virtud se aborrece;
y el delito mas culpable
de Raquel, es que la hospede
el Rey tan cerca de tí;
pues ya que tu oido encuentre
sus insultos, á tus ojos
no es bien que profanos lleguen:
contra tantas sinrazones
una sinrazon lo enmiende:
muera Raquel, y tú vivas.

Reyna. Qué dices, Fenix? suspende
la voz, Raquel es la vida
del Rey: mira como quieres,
si adoro amante á mi esposo,
que yo en su vida me vengue.
Dios es causa de las causas,
á él el castigo compete,
que no ha de hacer la violencia
lo que su mano hacer puede:
mas qué ruido es ese?

Sale un Criado. Ahora
llega á Palacio el Alferez
mayor Alvar Nuñez. *Vase.*

Reyna. Decid
que entre Alvar Nuñez.

Salen Alvar Nuñez, Zorayda, Chorizo y Jarifa.

Alvar. Ya vienes,
Zorayda, donde asistida
de la Reyna á verte llegues,
y servida de mi amor.

Zorayd. Por lograr de tus corteses
rendimientos la atencion,
me doy muchos parabienes
del cautiverio. *Chor.* Jarifa,
ya estás en Palacio, cesen
tus rigores. *Jarif.* En Palacio
son favores los desdenes?

Chor. Eso para entre Christianas,
no entre Moras. *Jarif.* Pues qué tienen
las Moras de diferencia?

Chor. Que se dan á perros siempre
por no guardar con decoro
qualquiera de nuestras leyes.

Alvar. Permita tu Magestad,
que la tierra feliz bese
que huella su pie.

Reyna. Alvar Nuñez,
alzad del suelo, y en breve
dadme cuenta cómo queda
el Rey mi esposo.

Alvar. Aunque siente
tanto su valor de Alarcos
la pérdida que entristece
á España, el Rey mi señor
queda bueno, y brevemente
vendrá á Toledo: decirla *ap.*
que está herido, no conviene.

Reyna. Como venga con salud,
qualquier suceso se puede
tolerar, aunque de Alarcos

tan-

tanta la pérdida fuese.
Alvar. Aunque el Moro la victoria
por el número de gente
logró con tanta fortuna,
ha de sentirlo, pues pierde
aun mas que vale su Reyno,
en la beldad que presente
tienes: Zorayda es su nombre,
cuyo orígen excelente,
sus méritos y hermosura
la coronan de laureles.
Mahomad, Rey de Marruecos,
fué su padre, á cuyas sienes
vinieron estrechas quantas
Coronas Turquía tiene;
presa fué de mi valor,
y el Rey mi señor alegre
te la envía, para que
el hospedage decente
en Palacio se le haga
á Zorayda, pues merece::-
Zorayd. Solo el nombre de ser vuestra
esclava, señora, que este
el mayor merecimiento
mio será; y porque empiece
á serlo, me permitid
vuestras Reales plantas huelle
mi labio. *Reyna.* Zorayda, llega
á mis brazos, y la suerte
de ser prisionera mia
no lo sientas, quando vienes
á ser como yo servida,
y con razon encarece
Alvar Nuñez tu hermosura.
Zorayd. Solo vuestra Alteza puede
entre quantas hermosuras
tiene el Orbe, merecerse
ese aplauso. *Reyna.* En la desgracia
que lo soy solo parece:
pues que vive en el afecto
del Rey Raquel, y mi ardiente::-
Dent. voces. Raquel muera, la paz viva,
muera Raquel. *Reyna.* Quién aquese
rumor causa? *Alvar.* El Arzobispo
Don Rodrigo ya aquí viene,
y de él lo sabrás, señora.
Sale el Arzobispo.
Reyna. Arzobispo, quién se atreve
á alterar así la Corte?
Arzob. Señora, airada la plebe
con el sentimiento grande
de que Alarcos se perdiese,
y que en la batalla herido
saliese el Rey::- *Reyna.* Dolor fuerte!
el Rey herido? qué pena!
Arzob. Vuestra Alteza no se altere,
que la herida fué muy corta.
Reyna. Proseguid pues.
Arzob. Imprudentes
los Ricos-Hombres del Reyno,
mirando que Raquel tiene
la culpa de que en la noche
de sus amantes deleytes
tenga la razon el Rey
tan dormida, que obscurece
á Castilla el que ántes Sol
la alumbró tan en su oriente:
consultaron el remedio,
y fué, que Raquel muriese:
y apénas de la sentencia
salió el decreto imprudente,
quando con su sangre misma
firmaron su propia muerte
á crueles heridas: ya
palpitante luz fallece,
tan sin remedio, que ya
espirando yace. *Reyna.* Suerte
infeliz! á mucha costa
fueron mis alivios siempre.
Alvar. Qué sentimiento tan grande
será para el Rey aqueste!
Chor. Tener tan grande ventura
solo una Judía puede.
Jarif. Morir de esta suerte es dicha?
Chor. Sí, pues se libra de crueles
Médicos y Cirujanos,
que dan á pausas la muerte.
Arzob. Pues qué motivo, señora,
te obliga así á entristecerte?
Reyna. El sentimiento que el Rey
ha de tener, mi amor siente,
que es dolor ver padecer
aquello que bien se quiere;
y así, Arzobispo, al instante
haced que los delinqüentes
se prendan.

Arzob.

Arzob. Al punto á Illescas
se retiraron aleves. *Tocan un Clarin.*
Reyn. Haced que los sigan luego:
qué Clarin bastardo es ese?
Sale un Criado.
Criado. Es un aviso de que
corriendo la posta viene
el Rey, y llega á Palacio.
Reyn. Sin duda noticias tiene
de la muerte de Raquel;
temiendo estoy impaciente
su rigor: vos, Alvar Nuñez,
solicitad con prudentes
razones embarazar,
que el Rey á Raquel no entre
á ver en sus agonías,
que será el dolor mas fuerte:
los dos, Arzobispo, vamos
á esperarle quando llegue
á su quarto: ven, Zorayda.
Vanse, y al irse detiene Alvar Nuñez á Zorayda.
Alvar. Bella Zorayda.
Zorayd. Qué quieres?
Alvar. Que te acuerdes que te adoro.
Zorayd. Solo pides, que me acuerde
que me adoras? *Alvar.* Sí, Zorayda.
Zorayd. Pedirme otra cosa puedes,
que eso es difícil. *Alvar.* Pues cómo?
Zor. Porque no olvida quien quiere. *Vase.*
Chor. Tú te acordarás de mí?
Jarif. Como memorias me dexes.
Chor. De qué?
Jarif. De alguna alhajilla. *Vase.*
Chor. Pues no quiero que te acuerdes.
Alvar. A recibir al Rey vamos.
Chor. Si ya de Raquel la muerte
sabe, buen recibimiento
tendremos. *Alvar.* Siendo tan breve
el tiempo que sucedió,
no es posible. *Dentro el Rey.*
Rey. Traidor, muere,
pues á darme te atreviste
las noticias mas aleves.
Sale envaynando la daga.
Muerta Raquel, y yo vivo!
mueran quantos en su muerte
fueron cómplices, y mueran::-
Chor. Las suegras, que és una peste.
Rey. Ay Raquel del alma mia!
Alvar. Qué haces, señor? detente.
Rey. Aparta, si de tu vida
ver el fin fatal no quieres.
Chor. Mala mano. *Rey.* Sin mí estoy:
pues Alvar Nuñez no tiene *ap.*
culpa, y para mi venganza
le he menester, pues aquese
hombre que maté me dixo,
que en Illescas los crueles
cómplices están. *Alvar.* Señor,
qué es lo que intentas? no adviertes
tu grandeza?
Chor. Hombre del diablo,
sin duda tu muerte emprendes.
Rey. Alvar Nuñez. *Alvar.* Gran señor.
Rey. A Illescas parte con veinte
Compañías de Caballos
ligeros, y allí me puedes
á vista de sus almenas
esperar, sin que hombre dexes
salir de Illescas. *Alvar.* Al punto
voy, señor, á obedecerte:
mas la Reyna mi señora
te aguarda en tu quarto. *Rey.* Vete
al instante. *Alvar.* Señor, mira,
que la desdicha no tiene
remedio, y en verla buscas
tu desdicha. *Rey.* Que me dexes
te mando: parte al instante,
que Leon, Rey impaciente,
resucitar á bramidos
las prendas del alma emprende
mi valor. *Alvar.* Mira::-
Rey. Ya digo
que te vayas, si no quieres
que mis iras::- *Chor.* Señor, vamos,
que echa rayos. *Alvar.* Ya obedece
mi lealtad. *Rey.* Luego al instante
tras ti parto.
Chor. Fuego vierte. *Vanse.*
Rey. Dónde estás, Raquel divina?
Ya á morir contigo viene
Alfonso, Rey de Castilla,
y á vengar tu infeliz muerte.
Cómo pudo en tu beldad
obrarse tan gran rigor,

sin que embotase el furor
los filos de la crueldad?
Traidores, qué os habia hecho
inocente su deidad?
no os turbó la Magestad
que amaba dentro en su pecho?
Contra vuestro Rey airado
se atrevió el furor sin ley;
pues solo reyna aquel Rey
donde reyna mas amado.
En una muger rendida
ensangrentasteis lo cruel;
qué culpa tenia Raquel
en ser de mi amor querida?
Al Cielo clama inocente
la púrpura que derrama,
y de mis rencores clama
á la venganza impaciente.
Pero si tan gran traicion
han de vengar mis enojos,
incitar quiero los ojos
de tan triste compasion:
para que en tan importuno
dolor, mi fiero rigor
no dexe airado el furor
de tanto traidor ninguno.
Mueran todos los tiranos,
que ocasionaron::-

Al ir á entrar, salen la Reyna, el Arzobispo y Damas.

Reyna. Detente:
señor, viendo que á tu quarto
no pasabas, mi amor viene
á darte la bienvenida:
en hora dichosa llegues.
Rey. Cómo puede ser dichosa *ap.*
con tan infelice suerte?
Reyna. No me respondeis, señor,
ni mis brazos os merecen?
Hace que se va el Rey.
Mas la espalda me volveis?
qué es aquesto?
Rey. Aunque pretende *ap.*
recatado mi dolor
no usar de mis esquiveces,
no me es posible. *Reyna.* Qué dice
vuestra Alteza?
Rey. Que impaciente
he de dar la muerte á quantos
cómplices fueron aleves
en la muerte::- mas qué digo?
Reyna. Vuestra Magestad se temple,
y advierta::- *Rey.* Qué he de advertir?
Reyna. Que mi amor rendido siempre::-
Rey. Qué decís de vuestro amor?
Reyna. Que á vuestro gusto obediente
ha estado sufriendo tantos
desprecios, tantos desdenes.
Rey. Qué habeis sufrido? Ola, postas;
pues imposible es que entre
ya á ver á Raquel, yo parto
airado á vengar su muerte:
yo voy á Illescas, señora.
Reyna. Aguardad.
Rey. Qué impertinente
persuasion!
Reyna. Qué no os merezco
que me escucheis? *Rey.* Sí merece
vuestro amor mis atenciones;
mas mi cólera impaciente
parte á vengar::- ola, postas.
Arzob. Señor, aguarda.
Rey. Qué emprende
vuestra lealtad, Arzobispo?
Arzob. Que advirtais::-
Rey. Muy bien parece, *ap.*
que no llega á su noticia
los pesares que me ofenden.
Arzob. Tus mas ilustres vasallos
besar tu mano pretenden,
y en tu quarto esperan juntos.
Rey. Pues decidlos, que no quiere
el Rey que los desleales
los pies ahora le besen.
Arzob. Los Nobles son las columnas
que vuestro Reyno mantienen.
Rey. Pues yo los pondré á mis plantas
para que de serlo dexen. *Vase.*
Reyna. Qué crueldad!
Arzob. Qué sinrazon!
Reyna. Mucho su disgusto siente
mi amor, aun mas que el desayre
que encuentro en sus altiveces.
Arzob. No te aflijas, gran señora;
que hable al Rey claro, conviene
al Reyno todo; y pues hoy

Die-

Diego Lopez de Haro viene,
él y yo tambien rendidos
le hablaremos, quando temple
el tiempo su airado enojo.
Reyna. Mucho ha de sentir la muerte
de Raquel. *Arzob.* Sin duda el Cielo
la ocasionó, porque enmiende
el Rey tantas sinrazones
como Castilla padece.
Reyna. Dios sus pasiones reprima.
Arzob. Sí hará, pues es tan clemente.
Vanse, y salen Alvar Nuñez y Chorizo.
Chor. Lleve el diablo el postillon,
y las postas tambien lleve.
Alvar. Por qué?
Chor. No es mala pregunta,
quando hecho pedazos viene
de este miserable cuerpo
el lugar mas indecente.
Alvar. De correr tan breve espacio
te quejas? *Chor.* Que no me queje
quieres, quando yo he venido,
sin que en mi vida lo fuese
(entre los sueltos caballos
de los vencidos) ginete.
Alvar. Que hayas venido, qué importa?
Chor. Mucho para quien no quiere
que le rebiente una posta,
y de comer no rebiente:
y pues que ya á Illescas vemos,
á buscar voy donde llene
estas tripas de chorizo.
Alvar. Aguarda, qué es lo que emprendes?
Con la gente de á caballo,
que me sigue, que le espere
el Rey á vista de Illescas
me mandó, y hasta que llegue,
no ha de entrar en el Lugar
ni salir nadie. *Chor.* Pues quieres
que yo me muera de hambre?
Alvar. Qué vulgar en todo eres!
Chor. Yo he de entrar á comer algo.
Alvar. Loco, qué es lo que pretendes?
Chor. Saber á qué viene el Rey.
Alvar. A castigar los aleves
traidores, que muerte dieron
á Raquel, sin duda viene.
Chor. Pues si yo no la maté,
ha de ocasionar mi muerte
no dexándome comer?
Alvar. Al Rey espera que llegue.
Chor. Al Rey? *Alvar.* Si.
Chor. Pues los demonios
súcubos, íncubos, duendes,
aéreos, trasgos, subterráneos,
familiares y corchetes,
los que tientan, los que agarran,
los que se arriman y meten
por el ojo de una tuerta,
y por otro salir suelen,
en cuerpo, en alma, en volandas,
en un instante me lleven
á la cocina del Papa,
á donde la panza llene,
si yo aguardare á que el Rey
á verme contigo llegue.
Alvar. Por qué?
Chor. Porque siempre yo
me descarto de los Reyes
aun jugando al hombre. *Alvar.* Cómo?
Chor. Porque me los baldan siempre.
Dentro el Rey. Haced alto.
Alvar. El Rey llegó.
Chor. Y el demonio que me lleve.
Sale el Rey. Alvar Nuñez.
Alvar. Gran señor.
Rey. Con los Soldados que tienes
á tu cargo, luego al punto
que yo por las puertas entre
de Illescas, llega marchando,
y la órden que te diere
harás que luego executen.
Chor. Pasar á cuchillo quiere
á todo Illescas sin duda.
Rey. Ve á dar la órden en breve,
que yo marcho.
Alvar. Ya obedezco. *Vase.*
Chor. Yo de aquí escapo, que puede
ser que Chorizo á tajadas
se le meriende esta gente. *Vase.*
Rey. O montes, á quien el Tajo
llorando á Raquel guarnece
de lágrimas que mis ojos
prestaron á su corriente,
teatro sereis funesto,
á donde el delito aleve

de tantos viles traidores
castigado á ver se llegue:
teñidos de sangre todos
quedareis, pues que crueles
consentisteis que os pisase
su atrocidad delinqüente.
Y pues á la puerta me hallo
de Illescas, cuyo eminente
orígen, con los blasones
de los Griegos se ennoblece,
entrar quiero: mueran quantos
cómplices fueron rebeldes
en la muerte de Raquel:
á obrar mi furor empiece,
porque de mi justo enojo
se estremezca el mundo y tiemble.

Descúbrese la puerta de Illescas con un pedazo de muro, y al ir el Rey á entrar, baxa un Angel con una espada de fuego.

Angel. Detente, Alfonso. *Rey.* Quién es
el que mi impulso detiene
con tal poder, que admirados
mis alientos se entorpecen?
Angel. Con supremo poderío
soy, Alfonso, quien te advierte,
que está tu vida ó tu muerte
en manos de tu alvedrío.
A una frágil criatura
has rendido adoracion,
apartando el corazon
de Dios, que es suma hermosura.
De aquesta infinita ofensa
pide ya la eterna ley
satisfaccion; mira, Rey,
si puede haber recompensa.
Mira, que ahora propicia
te persuade la clemencia,
que aplaque tu penitencia
la indispensable Justicia.
Atiende quánta desgracia
en vision ya se te ofrece,
cómo tu Reyno padece,
porque perdiste la gracia.

Dentro ruido de guerra, y dicen divididos en tres partes las voces.

Dentro unos. Todo se destruya, todo
se tale, todo se rompa.
padezca Castilla en guerras
hambre y peste contagiosa.
Dent. otros. No hay quien siquiera nos dé
yerba, con que se socorra
nuestra gran necesidad?
Dentro otros. La peste corrompe toda
el agua, el ayre y la tierra
con corrosivas ponzoñas.
Unos. Qué desdicha! *Otros.* Qué dolor!
Otros. Qué pena! *Otros.* Qué gran congoja!
Rey. Qué es esto, señor, qué es esto?
Angel. Tus culpas que lo ocasionan:
mira como ya la peste,
el hambre y guerra destroza
tus vasallos y tus Pueblos.
Rey. Ya miro ya mi deshonra,
ya veo que por tres partes
rompen á un tiempo furiosas
las armas del de Navarra,
del de Leon y de Mahoma,
y que la peste y el hambre
destruye á Castilla toda:
gran castigo! *Angel.* Pues atiende
de tus Pueblos las congojas.

Todos y Música.

Misericordia, Dios, misericordia,
tu gran piedad nuestros lamentos oiga.
Rey. Misericordia; Señor,
ya conozco la horrorosa
culpa con que os ha ofendido
mi ignorancia ciega y loca.

El Rey y Música.

Misericordia, Dios, misericordia.
Rey. Pésame, Señor, y tanto
me pesa, que ni la Gloria
ni el Infierno son motivo
de mi llanto y mi congoja;
solo por ser contra vos
mis culpas el alma llora.

El Rey y Música.

Tu gran piedad nuestros lamentos oiga.
Rey. Yo propongo, que mi enmienda
sea en el mundo notoria;
y porque me perdoneis,
mis enemigos perdona
mi dolor, diciendo á voces:
Misericordia, Dios, misericordia.
Angel. Pues que ya tu contricion

en otro sér te transforma,
no solo por tu dolor
Dios tus pecados perdona,
pero aumentar te promete
y dilatar tu Corona:
y para mayor consuelo
en fe de que se mejora,
vuelve los ojos y mira
el resplandor de esa gloria:
qué vés?

Suena Música, y descúbrense en unas nubes dos Retratos, uno del Santo Rey Don Fernando, y otro de San Luis Rey de Francia.

Rey. Veo dos Monarcas,
cuyas sienes vencedoras,
no solo diademas ciñen,
mas explendores coronan.

Angel. Esos que vés que en imágen
se representan ahora,
dos nietos tuyos serán
de virtudes muy heroycas.
Ese que al lado derecho
las Celestes claraboyas
obstenta, será Fernando,
que de Berenguela hermosa
tu primogénita hija
nacerá, y las dos Coronas
de Leon y de Castilla
hará lleno de victorias;
y restituyendo á Christo
quanto el Sarraceno doma,
serán Córdoba y Sevilla
sus conquistas milagrosas.
Quantas heroycas virtudes
la santidad perficiona
tendrá, y en comprobacion
la Iglesia en sus religiosas
Aras, hará que le rindan
veneraciones devotas.
Esotro, de quien el Cielo
tambien te obstenta la copia,
será Luis, hijo de Blanca
tu menor hija, Matrona
de singulares proezas,
que al ser Castellana Rosa,
al Régio Lirio de Francia
unida, dará dichosa
esta admirable Azucena,
y al ser soberana Antorcha
de la triunfante Sion,
cultos le ha de rendir Roma.

Vuela el Angel, y cúbrense los Retratos.

Rey. Aguarda, espera, sagrado
Espíritu, dónde remontas
el vuelo, sin que primero
mi adoracion te responda?
O inmensa piedad divina!
qué presto te desenojas,
y debiendo castigarme,
por tu piedad me perdonas!
por tan grande beneficio,
por tanta misericordia,
junto con mi corazon
te alaben todas tus obras.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Arzobispo y Don Diego.

Arzob. Hoy al Rey hemos de hablar,
pues si hasta aquí nuestro intento,
por sus continuas tristezas,
ha dilatado el hacerlo,
ya es tiempo, que la lealtad
pierda al temor los rezelos.
Al Eclesiástico Brazo
de este Católico Imperio
represento, y al Seglar
vos representais, Don Diego:
pues si de esta Monarquía
somos brazos con que el mesmo
Rey gobierna sus Estados,
qué dirá, Don Diego, el Pueblo,
si al ver que á caer se va,
su ruina no detenemos?

Diego. Dirá que somos ingratos;
y así hablémosle resueltos,
ántes que la Reyna le hable,
porque de su enojo ciego
quiebre primero en nosotros
el rigor, para que el ruego
de la Reyna halle lugar
mas eficaz en su pecho.

Arzob. Sepa Alfonso sus descuidos,
sus desórdenes::-

Sale el Rey.

Rey. Qué es esto,
Arzobispo? *Arzob*. Señor, es::-
me ha turbado su respeto. *ap.*
Rey. Qué es esto, Don Diego?
Diego. Era::-
Rey. Ya, Señor, ya de mis yerros *ap.*
reconozco los delitos:
que os he ofendido confieso,
y que las quejas me dais
en las voces de mi Pueblo,
pues ví de vuestra Justicia
piedad y castigo á un tiempo.
Decid, no os turbeis, que el que es
noble vasallo, es espejo
de su Rey, y ha de decirle
sin lisonja sus defectos.
Arzob. Si me escuchais, os diré
de parte del rendimiento
con que os aman los vasallos
las razones. *Rey*. Ya os atiendo.
Arzob. Vuestra Magestad, señor,
apénas Infante tierno
sol amaneció en Castilla,
quando sucedió en el Reyno,
cercado de disensiones,
entre sus vasallos mesmos;
infortunio tan preciso
en la infancia de lo régio,
que solo es feliz aquel
Monarca, á quien quiso el Cielo,
siendo Infante, coronarle
de afortunados sucesos.
Bien al contrario, señor,
os sucedió á vos, supuesto,
que ántes de empuñar la mano
el Cetro, segun derecho,
os lo puso sobre el hombro
de los trabajos el peso,
porque de vuestro reynado
fuese Cruz, ántes que Cetro.
Don Fernando vuestro tio,
Rey de Leon, viendo lleno
el Reyno de sediciones,
entró en Castilla con gruesos
Exércitos, y talando
vuestros Lugares y Pueblos,
os tomó las mas Ciudades,
poniéndoos en tal aprieto,
que por obviar el peligro
algunos parciales vuestros,
quisieron que á vuestro tio
dieseis vasallage; y siendo
vos, señor, de quatro años,
en llanto hermoso deshecho,
la servidumbre estorbasteis,
que las Magestades vemos,
que aun ántes de sentir, hacen
del desdoro sentimiento;
y como inocente llanto
enternece al mismo Cielo,
Moyses segundo os libró
de los rigores del Pueblo,
siendo Nuño Almejir quien
robándoos, al Rey resuelto
en un caballo os llevó
á Avila, y los Caballeros
de ella juraron perder
la vida, ántes que su excelso
Rey jurase vasallage
á ningun Rey Extrangero:
(noble lealtad Castellana,
pues despreciar supo el riesgo)
mas como el Cielo os guardaba
para ser brazo derecho
de la Religion Christiana,
quiso hacer un Rey perfecto;
pues de seis años no mas
se adelantó con exceso
tanto en vos vuestro valor,
vuestra prudencia, que el Cetro
empuñando, gobernasteis
vuestras huestes, y resuelto
en campaña, os vió Castilla;
que de los Reyes es cierto,
que en el discurso y valor,
no es aritmético el tiempo:
y restaurando animoso
de vuestro tio y abuelo
Don Sancho Rey de Navarra
(que tambien fué vuestro opuesto)
quantas Ciudades y Villas
os usurpaban del Reyno,
con el laurel de los triunfos
se coronó vuestro aliento,
con tanto gusto de todos

vues-

vuestros vasallos y deudos,
que os amaban por lo afable,
por lo liberal y atento
de tal suerte, que os llamaban
Don Alfonso el Noble, el Bueno:
y apénas con quince Abriles
vuestros años florecieron,
quando os casasteis en Burgos
con el divino portento
de nuestra Reyna y señora
Doña Leonor, cuyo extremo
de hermosura y perfecciones
son tantas, que si en el Cielo
pudiera caber envidia,
la envidiara el Cielo mesmo.
De aquesta union venturosa,
sucesion nos disteis luego;
pues tan recíprocamente
os amasteis algun tiempo,
que por los ojos de entrambos
se entendia vuestro afecto.
Tomasteis despues á Cuenca,
en cuyo sitio el esfuerzo
vuestro se vió, pues supisteis
carecer del bastimento.
Hasta aquí todo eran dichas,
todo victorias, trofeos,
y en vuestros vasallos toda
la sujecion era obsequios,
hasta que viendo, señor,
una hermosura::-

Rey. Teneos,
Arzobispo, que pues vos
mis victorias y progresos
me habeis dicho, porque vean
todos mi arrepentimiento,
para mas dolor, yo mismo
confesaré mis defectos.
Hasta que viendo (repito)
una hermosura, un portento,
á una muger, á Raquel;
harto en esto la encarezco,
pues añado á su hermosura
dichas de su nacimiento.
A su belleza quedé
tan rendido, tan sujeto,
que la Magestad perdió
las señas de parecerlo
en mí, pues á sus halagos
la rendí todo el imperio
del alvedrío de suerte,
que todos reconocieron
ceñirse el laurel hermoso,
y quitársele á mi esfuerzo,
y que Raquel en Castilla
mandaba, y yo en sus afectos:
y como la gobernaba
la pasion, y no el derecho,
torció la justicia el rostro,
y era todo desaciertos
el gobierno, y mis vasallos
todo quejas, todo miedos.
Sintieron esta desórden
los Nobles y los Plebeyos:
la Reyna lloró el desayre,
quando todos mis desprecios;
y el de Navarra y Leon
mi descuido conociendo,
volvieron á hacerme guerra,
y el Rey Moro de Marruecos
entró asolando á Castilla;
y saliéndole al encuentro
en Alarcos me perdí,
saliendo yo herido, y siendo
de mi culpa y mi pecado
castigo aqueste suceso.
Esta razon á los Nobles
obligó á que con despecho
sangrientamente apagasen
aquella llama, aquel fuego
en que mi pasion ardía,
y me estaba desluciendo;
y aunque su culpa perdono,
pues los guió el noble zelo,
no digo que hicieron bien,
que al Rey los vasallos buenos
no han de corregir con iras
lo que han de enmendar con ruegos.
Desde entónces mi pasion
(llevada del sentimiento)
en vez de olvidar constante
aquel ya difunto objeto,
le conservó en las cenizas
de la memoria el afecto
de suerte, que vengativos
mis impulsos halagüeños,

contra mis vasallos era
todo iras, todo ceños,
todo desprecios, rigores,
ansias, penas, devaneos,
tristezas, melancolías,
descuidos y desaciertos:
pues por no olvidar la causa,
me olvidaba de mí mesmo.
Ciego confieso que estuve;
pero aunque tarde, ya veo
mis culpas, y no vé poco
el que vé que estuvo ciego.
Gran remedio pide el daño,
buscar prometo el remedio:
al Cielo tengo ofendido,
pues satisfacer al Cielo
intento con penitencias,
con lágrimas y con ruegos,
sacrificando mi vida
por la Fe de Dios, haciendo
que mi valor resucite
otra vez contra el sobervio
Abenyucef Macemud,
que con Exércitos gruesos
viene talando á Castilla,
y los pendones perversos
de Mahoma los tremola
sobre mis muros excelsos.
Volverá á regir mi mano
la justicia, dará premios,
satisfaré á los quejosos,
obrará el amor, no el ceño,
y á recuperar afable
de mis vasallos atentos
volveré el renombro invicto
de Alfonso el Noble y el Bueno.
Arzob. y Diego. A tus plantas, gran señor,
tal mudanza agradecemos.
Arzob. Qué gran ventura!
Diego. Qué dicha!
Rey. Que sea el conocimiento
de mis descuidos tan tarde,
Arzobispo, es lo que siento,
pues aliviar de la carga
á mis vasallos no puedo
de las guerras de Navarra
y Leon, que si con ellos
tuviera paces::- *Diego.* Señor,
no es tarde para los medios;
porque ya el Cielo os previene
(viendo el arrepentimiento
vuestro) las dichas, pues toda
la Cantabria á mi voz tengo
dispuesta á vuestro dominio,
pues voluntarios y atentos
los Vizcainos ofrecen
daros nobles y halagüeños
vasallage. *Rey.* Qué decís,
Don Diego?
Diego. Señor, que es cierto,
y con su valor podeis
conquistar el mundo entero.
Rey. Atento á su gran lealtad
con que obra su heroyco pecho,
á los nobles Vizcainos
mantendré en sus propios fueros.
Arzob. Pues de Leon y Navarra
tambien las paces yo os tengo
ajustadas. *Rey.* De qué modo?
Arzob. Con el feliz casamiento
de nuestra Infanta y señora
Berenguela, que es lucero
de Castilla, con el Rey
de Leon, cuyos conciertos
son, que ajustará las paces
con vos y el Navarro, haciendo
alianza de amistades
todos tres, y gusta de ello
la Reyna. *Rey.* Pues, Arzobispo,
si la Reyna viene en eso,
execútese al instante.
(ya sabia yo del Cielo, *ap.*
que dispuesto estaba así)
Y quién es el Mensagero
de esta embaxada? *Arzob.* Señor,
un varon, que por perfecto,
sabio y santo, á estos tratados
envia el Rey. *Rey.* De qué puesto?
Arzob. Canónigo es de Leon.
Rey. Decid que me vea luego
para efectuar las paces,
pues con la ayuda del Cielo
y el de Leon y Navarra,
hacer guerra luego intento
al Rey Miramamolin:
y para lograrlo, ruego

á mis vasallos, que hagan
con religiosos afectos
rogativas, porque Dios
en esta guerra, que espero
hacer contra el Moro, use
de la piedad con su Pueblo.
Y vos, Arzobispo, al punto,
que partais á Roma ordeno,
y le direis de mi parte
al Pontífice Inocencio
Tercero, que para hacer
guerra con el Moro, ruego
á su Beatitud, postrado
con Católico ardimiento,
me conceda la Cruzada,
que armado el Christiano zelo
con tantas Indulgencias,
peleará con mas esfuerzos.
Arzob. Tan santa demanda iré
á pedirla, señor, luego.
Rey. Don Diego, vos entre tanto
haced que se alisten luego
mis Castellanos, y á vos
General os hago de ellos.
Diego. Beso tus plantas, señor,
por tal honra: de contento, *ap.*
viendo su mudanza, estoy
fuera de mí. *Arzob.* Este portento
solo el Cielo pudo hacerle.
Dentro. Plaza, plaza.
Rey. Qué es aquesto?
Arzob. La Reyna, que á vuestro quarto
pasa. *Rey.* A recibirla quiero
salir: partid luego al punto.
Arzob. y Diego. Ya vamos á obedeceros.
Vanse, y salen la Reyna y Damas.
Rey. Señora, qué novedad
es esta? en mi quarto vos,
quando hay razon en los dos,
que os busque mi voluntad?
Reyna. Política es, si se dexa
aconsejar del amor
la razon, buscar, señor,
á la ingratitud la queja.
Por vuestros vasallos vengo
la que tienen á insinuaros,
y de mi pasion á daros
tambien la queja que tengo.
Rey. Aguardad, que ántes que á ser
llegue queja en vuestro labio,
mi ingratitud ó mi agravio,
os quiere satisfacer,
en confesaros rendido
mi culpa, en la sinrazon
de enagenar mi pasion,
con que siempre os he querido.
Mas mi amor desde hoy postrado,
sabrá con tal rendimiento
adoraros tan atento,
que haga el descuido cuidado.
Y enmendando la tibieza,
que mi ingratitud causó,
quanto á mi fe deslustró,
enmendará mi fineza;
amándoos con tanta gloria,
que de mi culpa el error
sepa halagüeño mi amor
olvidaros la memoria.
Y pues satisfecha dexa
vuestra queja el rendimiento,
tambien que lo quede intento
de mis vasallos la queja.
Reyna. Señor, vuestra Magestad
con tan noble proceder,
le dexa que agradecer
hoy tanto á mi voluntad,
que al favor reconocida,
si mi amor darse pudiera,
que constante no os quisiera,
lo hiciera de agradecida.
Y así, pagaros, señor,
solo puede esta fineza
de mi afecto la firmeza
con que os adora mi amor.
Y que no fueron agenos
vereis, mis pesares, pues
pension de quien ama es
echar los cariños ménos.
Rey. Yo haré, que mi afecto explique
tanto mis afectos, que
en el fuego de mi fe
el culto los purifique.
Reyna. Gloria será para quien
adorándoos tan constante,
os solicitaba amante,
y hallaba vuestro desden.

Rey. Una torpe ceguedad
pudo eclipsarme esta gloria.
Reyna. No os acuerde la memoria
culpas de la voluntad.
Rey. Satisfacer solicito
mi culpa con la razon.
Reyna. No busqueis satisfaccion
donde es la razon delito.
Rey. Yo os adoro ya advertido.
Reyna. Eso escuchar solo intento.
Rey. Ya lograis en mi escarmiento
las victorias de mi olvido.
Dentro voces. No han de entrar.
Rey. Ola, qué es eso?
qué ruido es ese que inquieta
mi quarto?
Salen Alvar Nuñez y Chorizo.
Alvar. Unos Soldados,
que viendo que se les niega
licencia, como has mandado,
piden que les des audiencia.
Rey. Haced que entren, y jamas
á estorbar á nadie vuelvan
la entrada; porque si el Rey
representa acá en la tierra
á Dios, y que le pidamos
jamas su piedad nos niega,
no será bien que los Reyes
faltemos á esta clemencia.
Chor. Solo á las viejas, señor,
les negara yo la audiencia.
Rey. Por qué?
Chor. Porque piden siempre
como si muchachas fueran.
Reyna. Para no estorbaros, déme
vuestra Magestad licencia.
Rey. Aguardad, señora, que
teniendo vuestra belleza
ya el dominio en mi alvedrio,
razon será que le tenga
en mi gobierno; y así,
sentaos. *Siéntanse.*
Reyna. Admirada estoy *ap.*
de lo afable que se muestra.
Alvar. Chorizo, qué novedad
es esta del Rey? *Chor.* La Reyna
es hermosa, y amor tienen
tambien las personas Regias.
Sale un Soldado manco de ambos brazos.
Sold. En la batalla de Alarcos,
viendo peligrar á vuestra
Magestad, por defenderle,
con toda una esquadra entera
cerré de Moros, en cuya
refriega perdió mi atenta
lealtad los brazos de suerte,
que aun para daros siquiera
memoriales, que os recuerden,
no puede mi adversa estrella.
Chor. Délos usted con la boca,
pues que pide para ella.
Reyna. Entrambos brazos perdisteis?
Sold. Si señora. *Chor.* De manera
le pararon, que hasta el codo
los perdió, segun la cuenta.
Rey. Pues si los brazos perdisteis
de mi persona en defensa,
y no os puedo dar los mismos
vuestros, mis brazos merezca
Soldado, que los perdió
por su Rey; llegad, y sea
recompensa aquesta honra
de pérdida tan molesta.
Abrázase el Rey con el Soldado.
Sold. Dicha fué, señor, perderlos,
si los mejora mi estrella.
Reyna. Y yo dos brazos de oro
mando le den de la mesma
forma que fueron los suyos,
que ya que darle no pueda
los que perdió en la batalla,
el valor de aquestos tenga.
Chor. Pues con los brazos de oro
alcanzará quanto quiera.
Sold. Vivas, señora, mil siglos.
Vase, y sale un Hombre.
Homb. Mi padre Don Lope Herrera
sirvió á vuestra Magestad
en una Alcaydía treinta
años, y por sus servicios
suplico se me conceda
la misma Alcaydía á mí.
Rey. Por vuestra persona mesma
mereced, que sois muy mozo
para gobernar. *Homb.* Y vuestra
Magestad era mas viejo,
quan-

quando empezó con proezas
á gobernar á Castilla?
Rey. Osadía es bien discreta:
no lo era, mas por los Reyes
el Cielo es el que gobierna:
armas le den y caballo;
servidme ahora en la guerra,
que yo os tendré en la memoria.
Homb. Razon será que obedezca. *Vase.*
Chor. Con la espada y el caballo
le ha dado buena respuesta.
Sale una Muger.
Muger. El General Don Ruy Lopez
mi padre murió en la guerra,
dexándome sin tomar
estado, y en tal pobreza,
que para ser Religiosa
(advocacion que desea
elegir mi ilustre sangre)
me faltan las conveniencias.
Reyna. Si á vuestro padre perdisteis,
en su Magestad os queda
padre, que el estado os dé
que deseais: en las Huelgas
de Burgos, que es fundacion
que haciendo está la grandeza
del Rey á mi ruego para
personas de sangre excelsa,
sereis Religiosa, en tanto
de vos cuidaré yo mesma.
Muger. Por tal honra, gran señora,
mi humildad tus plantas besa. *Vase.*
Chor. Traza tiene de ser Monja.
Alvar. Pues en qué?
Chor. En el labia mea. *Tocan un clarin.*
Rey. Quién ese clarin aníma?
Sale D. Diego. Ahora á Palacio llegan
en dos brutos Andaluces,
hijos del viento que alientan,
dos Moros, los quales piden,
señor, que les des audiencia
de parte de Abenyucef
Miramamolin. *Rey.* No niega
mi poder audiencia á nadie:
decid que entren luego. *Chor.* Buena:
Moro en campaña tenemos?
ea, valor, arma, guerra. *Empuña.*
Alvar. Qué es lo que intentas?
Chor. Matarles,
que aquesta canalla perra,
enemigos de Chorizo
son de parte de su secta. *Sale Zorayda.*
Zorayd. Habiendo visto dos Moros,
que de dos brutos se apean
á las puertas de Palacio,
vengo á ver qué es lo que intentan.
Chor. Al olor sale Zorayda
de los perros. *Alvar.* Loco, dexa
de burlas: dí, que á alumbrar
sale la luz á esta esfera.
Chor. Vendrá á alumbrar á Mahoma.
Alvar. Vete, villano, no quieras
que te dé la muerte. *Chor.* Voyme
á ver á Jarifa bella. *Vase.*
Salen el Rey Miramamolin y Abdalla.
Miram. Solo el amor de Zorayda
pudiera hacer que viniera
Embaxador de mí mismo
á hablar á Alfonso por verla.
Abd. Temeridad grande ha sido
lo que intentaste. *Miram.* No temas
nada, que la he de robar,
aunque el mundo lo impidiera;
pues ya tengo prevenido
por cartas desde Baeza,
á un Moro que sirve al Rey,
cómo conseguirlo pueda.
Abd. Si te conocen? *Miram.* Ninguno
me conoce. Vuestra Alteza *Al Rey.*
me dé sus pies: vive Alá, *ap.*
que haber venido me pesa
por aquesta ceremonia
de humillarse mi grandeza.
Zorayd. Este es Miramamolin, *ap.*
que el retrato lo demuestra
que envió, y el otro Abdalla
mi padre: callar es fuerza
quien es, pues siendo mi Rey,
la lealtad me obliga.
Miram. Buena *ap.*
presencia el Rey tiene.
Reyna. El Moro *ap.*
es de arrogante soberbia.
Rey. Qué es, Moro, lo que pretendes?
Abd. Zorayda, señor, es esta.
Miram. Mayor que su fama, Abdalla,

es su divina belleza.
El gran Miramamolin,
sucesor del gran Profeta
Mahoma, y Emperador
de la Africa, Grecia y Persia,
invicto Rey de Marruecos,
y de quanto Alá gobierna;
á tí, Alfonso, Rey heroyco
de Castilla, su grandeza
salud en tu Dios te envia,
y esta carta de creencia
de mi embaxada. Los ojos *ap.*
Zorayda tras sí me lleva.
Rey. Dí á qué vienes?
Miram. Desatento *ap.*
no me ha mandado sentar;
mas yo lo sabré enmendar
en tomando aqueste asiento:
pues por mi Rey y señor,
á quien rendido obedezco,
aqueste asiento merezco,
y por mi sangre y valor.
Ha de haber una silla, y siéntase.
Abenyucef Macemud,
Emperador siempre augusto
del Africa, á cuyo aliento
aun le viene estrecho el mundo,
convocado de los Moros
de España, á España conduxo
en una Naval Armada
tanto número de Turcos,
Moros, Etíopes y Arabes,
que el guarismo en vano pudo
numerar la multitud;
pues con tener ese puro
quaderno del Cielo tantos
resplandecientes Carbunclos,
sus Soldados tantos son,
que Estrellas les falta á muchos.
Con este poder entró
en Andalucía, y puso
con los estragos sangrientos
tanto pavor en los tuyos,
que en la Batalla de Alarcos
casi que vencer no tuvo;
pues apénas tremoló
el corvo alfange desnudo,
quando para el vencimiento
les bastó solo el impulso,
y el amago se quedó
en el brazo tan sañudo,
que rayo, trueno é incendio,
Christianos, Castillos, Muros,
de suerte abrasó de Alarcos,
que de su glorioso triunfo
solamente á la memoria
dexar las cenizas supo.
Tomó á Salvatierra, luego
su Castillo, y otros muchos
Fuertes, en quien las Banderas
del grande Profeta puso,
y aun la diadema que ciñe
tu frente por absoluto
Rey, si quisiera su aliento
arrancártela iracundo,
solo bastaba intentarlo
para lograrlo su orgullo:
pero usando generoso
de su clemencia, dispuso
avisarte, que si quieres
no ver los fines caducos
de tu Reyno, que le rindas
vasallage, y des tributo
cada año de mil zequíes,
y en tus Castillos y Muros
Guarniciones su poder
ponga, para mas seguro
de tu eterno vasallage
y defensa de los suyos;
y que si no, por Alá,
y yo en su nombre lo juro,
que si la cerviz no domas
á su heroyco y blando yugo,
ántes que aquesa luciente
Lámpara, que alumbra el mundo,
dé vuelta á las cinco Zonas
por paralelos y rumbos,
que has de ver á los estragos,
á las iras, los insultos,
y al valor del Gran Señor,
tu Fe, tus gentes, tus cultos
y Castillos, á su incendio,
fuego, nada, polvo y humo.
Diego. Calla, soberbio.
Alvar. Arrogante,
calla. *Miram.* Cómo aquesto sufro?

vi-

vive Alá::-

Empuña el alfange, y levántase el Rey.

Rey. Teneos, Don Diego,
Alvar Nuñez, que el indulto
de Embaxador le reserva
de que mi valiente impulso
no le arranque el instrumento
con que atrevido y perjuro
se atrevió á pronunciar: Dile,
Moro, á tu Rey Macemuto,
que Alfonso Rey de Castilla,
á sus mensages injustos
le responderá en campaña;
y porque pensarlo supo,
no proponerlo, á mis plantas
su cabeza poner juzgo:
(en tu poder, Dios inmenso,
y no en mis fuerzas me fundo,
pues has de mirar, Señor,
por los que á tu Fe dan cultos.)

Vuélvele las espaldas.

Miram. Aquese ultraje sabrá
castigar::- *Rey.* Qué dices?
Miram. Mudo *ap.*
he quedado. *Abd.* Por Alá, *ap.*
que ha temido. *Diego.* Con disgusto
voy de no hacerle pedazos. *Vase.*
Reyna. Qué arrogante el Moro estuvo.
Zorayd. A Abdalla parece ya,
que no le miro con gusto:
Alvar Nuñez, esta noche
iré á los Jardines. *Alvar.* Cultos
iré á rendir á tus aras. *Vanse.*
Miram. Yo, Rey Alfonso, te juro
vengar mi ultraje de suerte,
que escándalo des al mundo:
vamos, que á Zorayda intento
robar esta noche. *Abd.* A mucho
te determinas, señor;
mira el riesgo. *Miram.* No aventuro
con mi valor nada, pues
un cautivo de los muchos
que tiene el Rey, y en Palacio
cultiva un Jardin, seguro
paso me ofrece, por donde
robarla pueda sin sustos;
pues todas las noches baxa
ella á su estancia, y astutos
mudando trage, podremos
lograr bien lo que discurro.
Abd. Mira que es arrojo grande.
Miram. Nada vé quien ama mucho.

Vanse, y sale Chorizo.

Chor. Muy de noche es, y al Jardin
mi Jarifa no ha baxado:
que de esta Mora tocado
esté yo del Dios Machin!
Su belleza es soberana,
y con razon me enamora;
pero con ser buena Mora,
es malísima Christiana.
Ella tarda en conclusion,
nunca viene á anochecer;
mas dificil es querer
que ella venga á la Oracion.
Ya viene Jarifa amada. *Sale Jarifa.*
Jarif. Chorizo? *Chor.* Cómo has venido
tan tarde? *Jarif.* Es que he tenido
la memoria allá ocupada.
Chor. Zelos á mí? por los Cielos,
que te dé la muerte. *Jarif.* Que,
qué son zelos? *Chor.* Bueno á fe;
pues ignoras, qué son zelos?
Jarif. Esa pasion me declara.
Chor. De qué te acordabas, dí?
Jarif. Yo me acordaba de tí,
y de una muda de cara
para estar blanca. *Chor.* Ahí están
mis zelos. *Jarif.* En qué, si allanas,
que tambien muchas Christianas
se acuerdan de Soliman.
Chor. Pues por mas blanca no creas,
que mas te quiera mi afan,
que los Chorizos están
muy bien con las chimeneas.
Jarif. Tengo, aunque no lo presumo,
humos de ello. *Chor.* Eso me hizo
quererte; porque un Chorizo
se cura mejor al humo.
Jarif. En fin, me quieres? *Chor.* Te adoro.
Jarif. Qué tanto? *Chor.* Tanto imagino,
que por ser Moro me inclino
al vino de Valdemoro:
mas de quererte las ganas
se me quitan á estas horas.
Jarif. Por qué?

Chor. Porque son las Moras
mejores por las mañanas.
Jarif. Aunque en tí no hay discrecion,
te quiero amante, y te escucho.
Chor. Eso en vuestra ley no es mucho,
que adorais un zancarron.
Jarif. Y tu amo quándo vendrá?
Chor. Al punto aquí ha de venir.
Jarif. Eso á Zorayda á decir
voy, que esperándole está.
Chor. Y volverás? *Jarif*. Eso trato:
pendiente queda mi fe.
Chor. Y aun colgada. *Jarif*. De qué?
Chor. De tu hermoso garavato.
Vase Jarifa, y sale Alvar Nuñez.
Alvar. Chorizo, has visto á Zorayda?
Chor. Ya á avisarla va Jarifa.
Alvar. Que su raro entendimiento,
que su hermosura divina
pueda arrastrar mi pasion,
sin que ya parezca mia!
Chor. Mira, del libro de Amor
las Moras son unas citas,
que entiende el discreto, aunque
estén en algarabía. *Sale Zorayda.*
Zorayd. Alvar Nuñez. *Alvar*. Mi Zorayda,
en vano la noche al dia
le puede ocultar con sombras
la belleza peregrina,
pues las luces de tus ojos
son estrellas siempre fixas,
que alumbran con lo que ciegan,
é influyen con lo que inclinan.
Zorayd. Pluguiera Amor, que mis ojos
fueran estrellas propicias,
que como para inclinarme
á amante pudo la vista
á tu afecto, dirigieran
á amarme sus luces mismas.
Alvar. Qué mas quieres que me inclinen,
si amantes las ansias mias
padeciendo están la pena
de que no puedas ser mia?
Zorayd. Luego á amar y á padecer
nuestra estrella nos obliga.
Chor. Pues, estrellas de pacientes
siempre han sido las cabrillas?
Alvar. Sí; pues amor que no siente,
no es amor, y nadie estima
tan satisfecho, que no
tema perder lo que es dicha.
Zorayd. Qué bien dicen, que el amor
es una dulce armonía,
que si se concierta suena
con una cadencia misma.
Pues lo mismo que tú sientes,
sienten tambien mis caricias.
Chor. Del amor el mejor són
siempre han sido las folías.
Alvar. Qué sientes?
Zorayd. Siento quererte,
y que mariposa altiva
mi fe, miéntras mas se acerca
peligra á la llama misma,
que pudiéndola ilustrar,
le quita al honor la vida.
Alvar. Yo te quiero con tan grande
veneracion y tan digna,
que sin pasarse á deseo
sabe ser mi amor caricia.
Zorayd. Cómo puede ser perfecto
amor, que un lazo no afirma,
que una union honesta no ata,
y un matrimonio no liga?
y cómo puedo pensar,
que lo lograrán mis dichas,
si la ley de amor deroga
nuestra ley por ser distinta?
Chor. Si está de amor impaciente,
reniegue, pesie á su vida.
Alvar. Si tú fueras::-
Zorayd. Ten, no quiero
que piense tu fe algun dia,
que pudo vencerme amor
á lo que mi fe se inclina:
pues desde mi tierna infancia
tuve tanta antipatía
con mi Religion, que siempre
he deseado con vivas
ansias ser Christiana, tanto,
que supe desde muy niña
de una cautiva los altos
documentos y doctrinas
de la Católica Fe.
Alvar. Qué dices, Zorayda mia?
Zorayd. Que segun es el afecto,
que

que á los Christianos tenia
y tengo, que es imposible,
que haya en mí sangre Morisca.
Chor. Acabóse, ella se vino
á ir por su pie á la pila.
Alvar. Puede haber dicha mas grande?
Zorayd. Mayor viene á ser la mia:
ruido siento. *Alvar.* Quién será?
Zorayd. Tú á esa calle te retira
del Jardin, miéntras yo voy
á ver quien es. *Vase.*
Alvar. Vuelve aprisa:
qué te parece, Chorizo,
de esta ventura, esta dicha?
Chor. Que segun tu amor la aprieta
la has de hacer santa en dos dias.
Vanse, y salen el Rey Miramamolin y Abdalla disfrazados.
Miram. Bien se ha logrado la entrada
del Jardin: Alá permita
que halle á Zorayda.
Abd. Del Moro
fué lealtad bien peregrina.
Miram. Prevenidos los Caballos
tenemos á la salida,
y la fuga será fácil.
Abd. Traer al Moro sería
mejor, para que dixese
donde Zorayda solia
baxar: pero gente viene.
Sale Zorayda, y llégase á ellos.
Zorayd. Sin duda fué fantasía,
pues nadie está en el Jardin:
Alvar Nuñez. *Abd.* Rara dicha!
esta es Zorayda, señor.
Miram. Hermosa Zorayda mia.
Zorayd. Quién eres, hombre?
Miram. Un amante
tuyo, que con bizarrías
todo su Imperio aventura
por libertar tu divina
beldad: tu Rey soy, y Abdalla
tu padre. *Zoray.* Estraña desdicha! *ap.*
Pues qué intentas?
Miram. Qué? llevarte
conmigo. *Zorayd.* El peligro mira,
señor: qué haré, Cielos? *ap.*
Miram. Nada
temas. *Zorayd.* Alá no permita,
que por mí vuestra grandeza
se arriesgue.
Miram. Ven, y no impidas
la ocasion con la tardanza.
Zorayd. Advierte:-
Miram. En vano porfias,
que te he de llevar. *Zorayd.* En vano,
gran señor, lo solicitas.
Miram. De esta suerte vencerá
tus temores mi osadía.
Coge á Zorayda en brazos.
Miéntras yo tomo el Caballo,
guarda este puesto. *Llévasela.*
Abd. Ve aprisa.
Salen Alvar Nuñez y Chorizo.
Alvar. Qué es aquesto?
Dentro Zorayd. Gran señor.
Alvar. Zorayda es la que peligra.
Zorayd. Alvar Nuñez. *Alvar.* Ya mi brio
te socorre. *Abd.* Aunque la vida
pierda, el Rey ha de librarse.
Alvar. Quién va? *Chor.* Quién?
Abd. Quien imagina,
que de aquí no pases.
Alvar. Presto *Sacan las espadas y riñen.*
lo dexarás con la vida.
Chor. Y á puro embasar, Chorizo
tambien te ha de hacer salchichas.
Abd. Raro valor! *Alvar.* Que no acabe
de matarle, y que me impida
ir tras Zorayda! ha traidor,
acaba. *Chor.* Hácia la tetilla
le tiro. *Dentro voces.*
Voces. Ha de la guardia.
Salen dos Soldados con una luz.
Sold. 2. Hácia aquí el ruido se oía.
Sold. 1. Qué es esto? *Abd.* Caí. *Cae.*
Sold. 1. Tened,
no le mateis, porque diga,
qué traicion es esta. *Abd.* El Rey
Miramamolin:- *Chor.* Aprisa.
Abd. Lleva á Zorayda. *Alvar.* Qué dices?
luego el mismo que venia
Embaxador es el Rey?
habrá mas rara osadía!
Pero á castigar arrojo
voy, que me lleva la vida:

vosotros llevad al Rey
ese Moro. *Vase.*
Chor. Venga aprisa
el mastin. *Abd.* Ya mi lealtad
cumplió con lo que debia. *Vanse.*
Sale el Arzobispo armado con la Cruz de la Cruzada en las armas, y un Criado.
Arz. Las postas prevenid, marche la gente,
que ántes que el Sol mañana en Occidente
su luz apague, si vencerlo puedo,
he de pisar la Corte de Toledo;
pues aunque tiempo alguno no he perdido
en la jornada, puesto que he venido
por Ciudades y Reynos, exhortando
á morir por la Fe, y predicando
las gracias que concede la sagrada
Santidad de Inocencio en la Cruzada,
cuyo zelo Católico ha obligado
á haber tanto número alistado
contra los Moros fieros
de Nobles Españoles y Extrangeros:
y habiendo ya llegado
á Toledo, es forzoso que el cuidado
del Rey ménos me eche, pues valiente
me avisó que marchaba con la gente;
y aunque ya le he enviado la Cruzada,
le hará falta tambien mi noble espada.
Criad. Ya marchó tu familia, y ya dispuesto
tengo las postas.
Arzob. Pues montemos presto:
mas qué esquadron de gente se divisa,
que marchan á lo léjos?
Criad. A gran prisa
parece que en un bruto, cuyo aliento
por correr mas aprisa bebe el viento,
un Caballero llega hácia esta parte;
ya del bruto desmonta, y en el arte
y brio, si reparo,
parece que es::- *Arzob.* Quién?
Criad. Don Diego de Haro.
Sale Don Diego Lopez de Haro armado con la Cruzada.
Diego. Arzobispo, bien venido.
Arzob. Don Diego, fineza tanta?
pues qué es esto? *Diego.* Ahora supe
de la gente que marchaba
vuestra, que estabais aquí,
y á daros la bien llegada
me he apartado de mi gente.
Arzob. Pues á dónde es vuestra marcha?
Diego. Con los Tercios de Madrid
y la gente de Vizcaya,
con órden que del Rey tuve,
al Puerto de la Losada
me envia á reconocer
el paso para las Navas.
Arzob. Pues ya de Toledo Alfonso
ha partido? *Diego.* A Calatrava
va marchando con intento
de tomar aquella Plaza.
Arzob. Con gran presteza el viage
ha dispuesto el Rey. *Diego.* Es rara
la providencia con que
gobierna, dispone y manda;
y la Reyna con el zelo
Católico de la Cruzada
le acompaña, pues no hay
quien no desee ganarla:
pues los Reyes valerosos
de Aragon y de Navarra,
con su Nobleza han venido,
y tantas Naciones varias
de Extrangeros, que no ha visto
mayor Exército España.
Arzob. Don Diego, Dios lo dispone
para que su Fe sagrada
se extienda mas, y se acabe
esta secta Mahometana.
Diego. Y qué disponeis? *Arzob.* Tomar
el camino á Calatrava,
pues está cerca, que solo
por publicar la Cruzada
he tomado diferentes
caminos en mi jornada. *Sale un Criado.*
Criad. Un Correo en este punto
llega con aquesta carta. *Dásela.*
Arzob. Del Rey es, y dice así:
Lee. Sabiendo por vuestras cartas,
que estais en Andalucía,
os aviso, que mañana
con mi Exército marchando,
llegaré hasta Calatrava,
á donde vuestra persona
espero que me hace falta.
Dios os guarde. El Rey Alfonso.
Diego. Pues á obedecerle parta

vues-

vuestra persona al instante.
Arzob. A Dios, que ya la tardanza
me está acusando mi afecto.
Diego. Y de mis Tropas la marcha
me esperan tambien á mí:
á Dios. *Arzob.* Tú harás, que vayan
á avisar á mi familia
el que á Calatrava parta.
Vanse, y salen la Reyna y Damas por un lado con espadas y plumas, y por el otro el Rey y acompañamiento.
Rey. Pues vuestra Real Magestad,
amante quanto bizarra,
me ha acompañado hasta aquí,
habiendo en contadas marchas
llegado á verse en la toma
de Alarcos y Calatrava,
cuya victoria mis gentes
consiguieron con tal fama,
que casi tiempo no hubo
entre emprenderla y lograrla;
la suplico, que de aquí
no pase, puesto que bastan
para haber reconocido
el valor con que se esmalta
su amor, las demostraciones
de su osadía gallarda;
y así, he dispuesto se quede
con su Corte en Calatrava,
donde su Reyno gobierne;
pues habiendo ya sus armas
Abenyucef conducido
desde Baeza á las Navas,
y tomádome los puestos
por donde pasar trataba
mi Exército á Andalucía,
no será razon que vaya
(donde el riesgo es conocido)
su persona aventurada;
pues el número de gente
que Abenyucef trae es tanta,
que la multitud, aun mas
que el valor, rezelos causa.
Pero aunque mas gente venga,
nada á mi esfuerzo acobarda,
pues el Cielo ha conmovido,
no solo al Rey de Navarra
y Aragon con su Nobleza
y la gente de Vizcaya,
sino á tantos Extrangeros,
que con zelo y Fe Christiana
á aquesta guerra han venido
para ganar la Cruzada,
con cuya sagrada insignia
todos sus pechos esmaltan;
porque vén, que contra el Moro
solo la Cruz es muralla,
que asegura la victoria
para honor de Dios y España.
Reyna. Señor, á tu Magestad
le dé Dios victorias tantas,
quantos nobles sentimientos
esta ausencia á mí me causa.
Rey. No os enternezcais, señora:
dadme los brazos. *Reyna.* El alma
con ellos da ya mi afecto:
mucho temo la arrogancia
del Moro, pues se atrevió
con cautela tan osada
á venirse hasta la Corte
para llevarse á Zorayda.
Rey. Mucho lo sentí, mas yo
daré castigo á su infamia:
acompañen á la Reyna
seis compañías de guardia.
Idos, que mi gente ya
el Puerto sube, que llaman
de la Losa, y Diego Lopez
de Haro con diez Esquadras
á reconocer ha ido
de su estrecho la emboscada.
Reyna. A Dios, señor. *Rey.* El os guarde.
Reyna. Qué sentimiento! *Vase.*
Rey. Qué ansia!
en vuestro poder, Dios mio,
confia mi fe.
Dentro Alvar. Ah canalla!
que os volveis de miedo. *Rey.* Ola,
qué rumor es ese?
Salen Alvar Nuñez y Chorizo.
Alvar. Quanta
gente Extrangera, señor,
vino á esta guerra alistada,
despues de haber los despojos
logrado de Calatrava,
dexando la Cruz de Christo,

se van todos á sus patrias,
ménos unos Caballeros,
que de cinco ó seis no pasan.
Chor. Es gente que hace tornillos
mucho mejor que cerrajas.
Rey. Alvar Nuñez, nada importa,
que si el Cielo nos ampara,
mejor es que la victoria
se le deba solo á España.
Chor. Y á mi valor.
Rey. Pues tú acaso
tienes valor? *Chor.* Linda chanza:
todos mis antepasados
te han servido y yo.
Rey. En campaña?
Chor. No señor, que los chorizos
sirven solo en la vianda.
Alvar. Ay Zorayda de mi vida!
que te perdiesen mis ansias,
y que alcanzar no pudiese
al traidor que te llevaba!
Tocan un Clarin.
Rey. Mas qué gente al Campo llega?
Alvar. El Arzobispo, que acaba
de apearse. *Rey.* A recibirle
salgamos.
Sale el Arzobispo armado, y con la Cruzada en medio del peto.
Arzob. Dame tus plantas,
invicto Alfonso. *Rey.* A mis brazos
llega, columna sagrada
de Castilla: á muy buen tiempo
vienes, para que tu espada
y tu santo zelo exhorte
en el riesgo que amenaza
la subida de este Puerto,
lleno todo de emboscadas.
Arzob. Pues, señor, marche la gente.
Rey. Mucho estimo la Cruzada.
Arzob. Al Pontífice, señor,
siempre debe mucho España.
Rey. Marche el Campo, y valerosos
subamos el Puerto.
Dentro Don Diego. Haga
alto el Campo. *Rey.* Qué es aquesto?
Sale Don Diego Lopez de Haro con la Cruzada en el pecho.
Diego. Señor, que en vano es la marcha,
pues aunque a monte subió
tu gente, y con ira osada
desalojó al enemigo
de los puestos que ocupaba,
y Castro-Ferrat tomamos,
el paso por donde trata
ir tu Campo, es un estrecho
cercado todo de pardas
peñas, riscos, fortalezas,
las quales los Moros guardan
para estorbar este paso,
y otro ninguno se halla;
y ya desde los peñascos
á ver se alcanza en las Navas
del Rey Miramamolin
el Exército en campaña.
Rey. Pues qué podemos hacer?
Alvar. Qué? pasarle á cuchilladas.
Chor. Ah buen hijo!
Diego. Eso es querer
aventurar la batalla.
Rey. Pues qué se ha de hacer, Don Diego?
Diego. Que tome la retaguardia
el Exército, y por llano
le busquemos. *Rey.* Las espaldas
habiamos de volver,
habiendo visto la cara
al enemigo, y que diga,
que huimos de su arrogancia?
Arzob. Pues qué dispones, señor?
Rey. Que divididos por varias
sendas, busquemos por donde
podamos tomar la marcha.
Arzob. Dices bien, señor. *Rey.* Pues yo
tomo esta por mas extraña.
Diego. Y ya todos te imitamos.
Rey. Dios el camino nos abra.
Vanse el Rey, el Arzobispo y Don Diego cada uno por su parte, y luego Alvar Nuñez y Chorizo por en medio.
Alvar. Que mis afectos perdiesen
á Zorayda. *Chor.* Y que tú á Abdalla
dieses libertad, porque
te dixo, que es Zorayda
su hija, quando Dios sabe
quién fué su padre.
Alvar. Las chanzas
dexa, que en mí hubo razon

pa-

para librarle: ahora marcha,
que yo espero en mi valor
ir á su campo á cobrarla.

Chor. Yo hiciera lo mismo, si
á Jarifa me llevaran. *Vanse.*

Baxa el Rey por un monte que ha de haber hecho de yedras.

Rey. Adelantándome á todos
encontrar en vano tratan,
sin divina providencia,
las diligencias humanas
de este ciego laberinto
de riscos, peñas y jaras,
senda alguna por á donde
conducir pueda mis Armas.
Vos, Dios mio, vos, Señor,
podeis solo en pena tanta
enseñar senda por donde
camine el que ciego anda.
Doleos, Señor, de mis gentes;
y pues vuestra soberana
clemencia en otra ocasion,
para que el Pueblo pasara
Israelita, dividisteis
del Mar Bermejo las aguas,
porque de la ciega ira
de Faraon se librara;
ahora tambien, Señor,
haced que de estas montañas
se rasguen los senos, pues
vuestra clemencia sagrada
siempre es una, y es tambien
vuestro este Pueblo, que os ama:
pero cómo, quando son
mis yerros y culpas tantas,
juzgo, que para ablandaros
mi llanto y mi ruego basta?
Quién hallara luz alguna,
que la senda me enseñara?
Por aquí quiero subir,
por si és que la encuéntro.

Baxa San Isidro Labrador por el monte de yedras, al tiempo que el Rey va á subir.

Isidro. Aguarda:
que asista á este justo Rey *ap.*
el poder de Dios me manda.

Rey. Noble Labrador, quién eres,
que mi movimiento embargas,
y con lo apacible obligas
á veneracion extraña?

Isidro. Un Labrador soy humilde,
que de Madrid cultivaba
algun tiempo el fértil campo,
que de Manzanares llaman,
y el fruto de mi trabajo
le cojo ya en mejor Patria.

Rey. Pues qué intentas? *Isidro.* Enseñarte
camino por donde vaya
tu Exército sin peligro,
para que dés la batalla
al Moro, cuya victoria
ha de ser blason de España.

Rey. Qué dices? *Isidro.* Vés esta senda,
que á este monte circunvála?
pues siguiéndola, podrá
llegar tu gente á las Navas.

Rey. Puedo creerte?

Isidro. Si, que el Cielo
soberano á nadie engaña.

Rey. Quién eres? *Isidro.* Conocerásme,
quando, Alfonso, á Madrid vayas:
Isidro soy. *Vuela rapidamente.*

Rey. Qué prodigio!
Labrador glorioso, aguarda:
mas ya sus divinas luces
solo con la Fe se alcanzan.
Yo te iré á ver á Madrid,
y tus Reliquias sagradas
con grandeza en una urna
daré al Templo colocadas:
ola, Arzobispo, Don Diego.

Salen el Arzobispo y Don Diego.

Arzob. Qué quieres, señor?

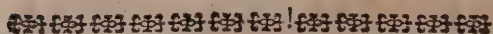
Diego. Qué mandas?

Rey. Ya he hallado senda por donde
marche mi gente á las Navas.

Arzob. Quién te la ha enseñado?

Rey. El Cielo.

Diego. Admiracion tan extraña
cómo has sabido? *Rey.* De Dios
sus maravillas por altas,
aun el que mas las penetra,
sabe ménos explicarlas,
y solo las cree la Fe,
y las logra la esperanza.



JORNADA TERCERA.

Al son de Caxas y Clarines salen el Rey Miramamolin, Abdalla y Moros de acompañamiento.

Miram. Hoy, valeroso Abdalla,
que el Católico Exército se halla
de mis gentes cortado,
sin que pueda librar ningun Soldado,
esperando sus Cruces importunas
despojo ser de mis triunfantes Lunas,
el dia será en que España
(árbitro siendo yo de la campaña)
el yugo, que feroz ha sacudido
del cuello que miró tan oprimido,
vuelva á ver mas pesado
sobre el hombro que Abdar ha levantado:
hoy Alfonso, que usurpa de Castilla,
á pesar de Mahoma, la alta silla,
siendo desde Pelayo
contra mi Imperio el mas ardiente rayo,
verá desvanecida
su llama en humo de mi ardor vencida.
Abd. Veinte y cinco mil son los que acaudilla
Alfonso, de lo noble de Castilla,
con Pedro de Aragon Rey, cuya espada
del belicoso Marte es envidiada,
y Sancho de Navarra Rey valiente,
cuya robusta y valerosa gente,
imitando el valor de dueño tanto,
pálido al Orbe dexa del espanto.
Mir. Calla, Abdalla, que siempre eres testigo
para alabar no mas al enemigo.
Abd. Esto, señor, de tu valor es gloria,
pues hará mas heroyca tu victoria.
Mir. Qué importa, q̃ tres Reyes (bien lo fundo)
me acometan así, si tiembla el mundo
mi Exército valiente,
cuyo número dobla tanta gente,
que en esquadrones de compuestas olas,
parece anega el campo de amapolas
con los rojos bonetes, y en volantes
todo el ayre se nieva de turbantes?
Quinientos mil Campeones acaudilla
la sombra ó explendor de la cuchilla,
cuyo ardiente reflexo soberano
luz es, que ciega á rayos al Christiano:
si tres Reyes su Exército ha incluido,
con nueve á cada uno le he excedido,
pues siguen de mi Real las justas leyes,
por los tres del contrario treinta Reyes.
Abd. Esto, señor, es acordar prudente.
Mir. Mejor fuera acordarme, que valiente
en Alarcos vencí. *Abd.* De tal victoria
nuestras lanzas, señor, son la memoria;
pues hoy en nuestras manos
la sangre que las tiñe de Christianos
fresca, durando en ellas,
tu memoria levanta á las estrellas.
Miram. Esa arrogancia vana,
ántes que el Sol declare la mañana,
y á enjugar salga de la Aurora el llanto,
será con horroroso y fiero espanto
lastimoso pesar de su osadía,
luto del Sol, escándalo del dia. *Clarin.*
Mas qué Clarin rompe el viento?
Abd. Esto es que Zorayda llega
al Real. *Miram.* Que llegaba el dia
mejor, Abdalla, dixeras:
mas cómo, Cielos, Amor *ap.*
se olvida de sus ofensas?
Sale Zorayda con el alfange desembaynado.
Zorayd. No me aparteis el caballo:
deme los pies vuestra Alteza.
Miram. Bien venida seas, Zorayda:
(ó qué mal en su presencia *ap.*
se resiste amor!) qué causa,
quando con órden te dexa
mi grandeza en la custodia
de los muros de Baeza
de que no salgas, te mueve
de aqueste modo á romperla?
Zorayd. Aquí he menester fingir *ap.*
para lograr lo que intenta
mi amor. Mi altivez me trae,
que es en todo tan atenta,
que no permite su orgullo
el que desayrado os vea,
no acabando con Alfonso,
quando á estar cortado llega.
Miram. Nadie, ingrata, si no es tú,
desairar mi amor pudiera,
pues quando amante y rendido,
entre pasiones y quejas,

ha-

hasta la Corte de Alfonso
fuí por librar tu belleza;
hallé que tu ingratitud
(siempre á mi cariño opuesta)
á Alvar Nuñez, ese vil
Christiano (qué fiera pena!)
llamaste en defensa tuya,
porque mi fe no tuviera
logro állí; pero qué mucho,
si advertí para mi ofensa,
que le deben tus cariños
lo que á mi afecto le niegas?
Zorayd. Esa es vana presuncion:
pluguiera á amor no lo fuera. *ap.*
Miram. Pues para qué le llamaste?
no vés como lo que piensas
dar por disculpa, descifra
evidentes las sospechas?
Zorayd. Yo no llamaba á Alvar Nuñez.
Miram. Pudo engañarse mi pena?
Zorayd. Sí pudo, que como estaba
de mí Alvar Nuñez tan cerca,
no fué llamarle, sino
daros, señor, advertencia,
que Alvar Nuñez lo podia
estorbar; y si la lengua
no dixo mas que Alvar Nuñez,
fué, que quebrada en sí mesma
con el susto la palabra,
no halló al pronunciar mas letras.
Mir. Mucho nombrando á Alvar Nuñez
con las voces te recreas:
ó qué mal para el engaño
contra mi opinion aciertas
la disculpa! *Zorayd.* No la admitas,
que ya dártela no intenta
mi valor, que en la campaña
hará que claro lo veas.
Mir. Cómo podrás? *Zorayd.* Con la espada.
Mir. Pues dime::- *Zorayd.* Nada pretendas
hasta verlo: toca al arma,
el bélico parche alienta;
muera Alfonso, y mueran quantos
fatigando las arenas
Andaluzas, siguen ciegos
las Cruces de sus Banderas.
Ay Alvar Nuñez! por tí *ap.*
nada mi valor arriesga. *Yéndose.*
Miram. Aguarda, espera, divina
beldad, que el alma me llevas;
pues con tal demostracion
ya satisfecho me dexas:
escucha. *Zorayd.* Nada he de oirte,
hasta verme la primera
con el Christiano en campaña,
que hoy nuestras armas afrenta.
Esto es por poder lograr *ap.*
ver á Alvar Nuñez: alienta,
Amor, mi dulce esperanza.
Miram. Divina Zorayda, espera,
no así el enojo disfrace
el candor de tu belleza,
que ardiente púrpura tiñe
la nieve con que me quemas;
pues para que de mi amor
el fin mas dichoso adviertas,
y sean testigos los campos
de lo que en mi afecto reynas::-
Zorayd. Qué intentará su porfia? *ap.*
con temor el alma espera.
Miram. Hoy el logro á mi esperanza
le he de dar. *Zorayd.* De qué manera?
Miram. Atiende, y verás de un alma
la mas amante fineza:
Abdalla, Baxaes, Visires,
hoy los campos de Baeza
que túmulos de Christianos
ser ántes del Alva esperan,
tálamo han de ser dichoso
de dos almas. *Zorayd.* Qué oigo, penas!
Miram. A Zorayda por esposa
recibo. *Abd.* Qué aquesto pueda *ap.*
un engaño! cómo haré
para que logro no tenga?
Miram. Hoy el laurél que me ciñe,
ha de adornar su cabeza.
Abd. Muera yo, y no mi lealtad *ap.*
tal desacierto consienta:
qué dices, señor? *Miram.* Que al darle
mi mano, os la doy por Reyna.
Zorayd. Primero verás mi muerte. *ap.*
Abd. Ya que me declare es fuerza. *ap.*
Señor, aunque vuestro gusto
siempre debe ser ley nuestra,
á las sienes de Zorayda
no viene tanta diadema.

Miram. Si es vuestra sangre, y mi amor
desde el Africa se empeña,
mas por lograr su hermosura,
que en lo mucho que interesa
en la Conquista de España,
y hoy sube á tanta grandeza,
cómo loco os oponeis
á una dicha tan suprema?
Abd. Porque al Noble la lealtad
es, señor, quien le gobierna;
y si ha callado hasta aquí
mi codicia torpe y ciega,
quiero disculpar leal
la culpa que me condena.
Miram. Sin duda el juicio has perdido.
Zorayd. Qué enigmas serán aquestas? *ap.*
Abd. Digo, gran señor, que no
es Zorayda lo que piensas;
porque es::- *Miram.* No me digas nada,
que puede ser no lo crea,
y arriesgas en el decirlo
no ménos que la cabeza.
Abd. Hay suceso mas extraño! *ap.*
Zorayd. Hay mas rigurosa estrella! *ap.*
Dent. voces. Nadie llegar puede donde
el Rey está. *Miram.* Quién inquieta
la guardia?
Dentro uno. Que le veamos
por ser órden suya es fuerza.
Miram. Mirad lo que es.
Zorayd. O fortuna! *ap*
si aqueste accidente fuera
para escusarme una muerte.
Abd. O si la dicha quisiera, *ap.*
que este accidente estorbara
mi amenazada tragedia!
Sacan á Chorizo atadas las manos algunos Moros, y Alcuzcuz Vejete.
Chor. Loado sea Dios: aquí
estos laudes no se rezan.
Moro 1. Señor, siguiendo tu órden,
á este Christiano por lengua
traemos del Campo contrario.
Chor. Engerto perro, no mientas,
porque yo lengua no soy,
sino Chorizo en mi tierra.
Alcuzc. Del gran Miramamolino
no hablar así en la presencia.
Zorayd. El Criado es de Alvar Nuñez. *ap.*
Abd. Aunque descubrir pudiera, *ap.*
que es Criado de Alvar Nuñez,
he de pagar la fineza
de darme la libertad
callando quien es. Ea, llega.
Alcuzc. Llegar, Christiáno, y besar
la pata. *Chor.* Ya me colea:
muerde ó es manso? qué bravo
mastinazo representa! *ap.*
por Dios, que por Alvar Nuñez
vine yo á gentil perrera:
pero ya he visto á Zorayda,
por quien dexé me prendieran
para hablarla de su parte.
Miram. Christiano, en qué estado queda
el Exército de Alfonso?
Chor. El te dará de sí cuenta,
que yo no soy de Castilla.
Miram. Pues de dónde?
Chor. De Ginebra,
un Lugar como se va
á Caramanchel, y á esta
mano cerca del camino
está el rollo de Ballecas,
y á estotra junto á un mojon
está la casa de Meca.
Alcuzc. Sinior, iste ser beliaco,
que yo estar allá en su tierra,
y conocer, que cautivo
tenerme, y dar que comiera,
no querer cabra, sino
tocino, cosa tan puerca,
y hacer echar las entrañas.
Chor. Mientes, galgo: no lo crea
vuestra Miramamolina
persona, que es un babera.
Alcuzc. Caliar. *Miram.* Aqueste se finge
loco, porque de él no sepa
lo que intento. *Abd.* Di, Christiano,
lo que sabes, y no temas.
Moro 1. Acaba, dilo, Christiano.
Chor. Oigan lo que christianean:
si he de hablar christianamente
á mis razones atiendan:
digo, que yo no sé nada.
Miram. No importa, que lo que niegas
haré yo, que en un tormento
con-

confieses. *Chor.* O! si me llevas
por ahí, soy comedido,
y hombre de tanta conciencia,
que te diré la verdad
obligado á tu fineza.
Nuestro Exército, que Alfonso
Español Marte gobierna,
despues que pasó los montes
por una ignorada senda,
saliendo bien del aprieto,
que le puso en contingencia
de perderse::- *Miram.* Qué? qué dices?
Chor. Que refrescando en la Vega
queda pegándose un verde
mas lindo, que en una huerta.
Miram. Qué dices? cómo es posible?
Chor. La verdad pura es aquesta;
así rebentara el alma
de quien me apretó esta cuerda.
Miram. Desatadle. *Alcuzc.* El Christianilio
ser, sinior, maldita bestia;
y si desatar, al punto
irse, y no volver cogerla.
Chor. Diga, qué le importa al galgo
el que esté la liebre suelta?
Zorayd. Alienta, Amor, mi esperanza,
y haz que aquesto verdad sea. *ap.*
Alcuzc. Ya disatar. *Miram.* Cómo pudo
pasar, si mi gente opuesta
le cercaba todo el paso?
Chor. Pasando sin que los vieran
por una parte, y por otra
rompiéndoles las cabezas.
Miram. Esto escucho? vive Alá,
que si es verdad esa nueva,
que::- *Moro 1.* Señor, esto es cierto,
y que su gente resuelta
viene á darte la batalla.
Miram. Pues la gloria se suspenda
de dar la mano á Zorayda:
mi Exército se prevenga;
toca al arma, muera Alfonso.
Chor. Qué brava gira se espera?
Miram. Vos, Abdalla, en la vanguardia
llevareis la gente negra,
con quarenta mil Caballos
de adarga y lanza, y cinqüenta
mil Flecheros llevará
Boacén de la gente diestra
de Marruecos y de Fez,
que la batalla guarnezcan,
cuyo cuerpo irá doblado
con las Moriscas banderas
de Jaén y de Granada.
La retaguardia Zulema
ha de gobernar, llevando
la gente, que en mi defensa
envió Arabia; de tal suerte,
que si se ofrece dar vuelta,
venga á servir de vanguardia,
que con la demas que resta,
y los Reyes que me auxîlian,
en el cerco de cadenas,
que tres mil Camellos mueven,
y el Real armados rodean,
iré; porque desde allí
mas seguro favorezca
la parte que necesite
socorro de mayor fuerza.
Abd. El Campo, señor, al punto
de la manera que ordenas,
se dispondrá. *Miram.* La batalla,
pues está Alfonso tan cerca,
le presentaré al instante.
Abd. Infeliz ès si la acepta.
Miram. Tú en tanto, Zorayda hermosa,
porque mi dicha se arriesga
en perderte, te retira
con una esquadra á Baeza.
Zorayd. Mal conoces mi valor
sobre tantas experiencias:
no me mandes retirar,
que peligra tu obediencia;
y en la victoria que animas
á ser parte estoy resuelta.
Miram. Tuya ha de ser toda, y quiero,
para que me lo agradezcas,
dártela yo de mi parte.
Chor. Por tan segura la cuenta? *ap.*
Miram. Vamos á ordenar el Campo,
y aqueste cautivo tenga
Zorayda, en tanto, que Alfonso
tambien á servirla venga.
Zorayd. Beso, gran señor, tus pies.
Chor. Antes cieges, que tal veas.
Miram. Toca al arma. *Tocan, y vanse.*

Zorayd.

Zorayd. Al arma toca.
O Alvar Nuñez! quién dixera
que por verte, á pelear
contra tí el amor me lleva?
Chor. Ce, señora, pues se han ido,
y sola aquí te han dexado,
oyeme solo un recado,
que á esto no mas he venido.
Zorayd. Chorizo? *Chor.* Señora mia?
Zorayd. Qué hay de Alvar Nuñez? que aquí
pené el tiempo que fingí
el que no te conocia.
Chor. Lo primero es enviarte
á preguntar si estas buena;
luego decirte, que pena
en tormento de no hablarte:
lo otro tambien, que vendrá
á verte él propio en rigor,
en sabiendo que tu amor
fino como ántes está.
Zorayd. Qué dices? podréle dar
á mi amor albricias? *Chor.* Si,
y á mí tambien, pues por tí
me he dexado cautivar.
Zorayd. Este jacinto, que el oro
ciñe en fe de mi cuidado,
recibe. *Chor.* Está bautizado
este jacinto, ó es Moro?
Zorayd. Vuélvete al Real desde aquí,
y dile que suya soy,
y el cuidado con que estoy;
mas que no arriesgue por mí
su persona temerario,
que á la campaña saldré,
y en ella le buscaré
á pesar de amor contrario.
Vete: pero ven conmigo,
que despues podrás volver.
Chor. Nada tengo que temer,
señora, estando contigo. *Vanse.*
Al son de Caxas y Clarines salen el Rey, el Arzobispo, Don Diego Lopez de Haro con baston y Soldados.
Rey. Haga el Exército alto
en aqueste ameno Valle,
ya que el Cielo ha permitido,
que del peligro librase.
Diego. Mejor es que hasta dar vista
al Campo contrario marche.
Rey. Arzobispo, qué os parece?
Arzob. Fuerza será repararse
vuestra Magestad de tantos
tan continuados afanes.
Rey. No lo digo, Don Rodrigo,
por mí, que el cargo no trae
(si he de cumplir como Rey)
lugar para que descanse;
por mis Soldados lo digo,
que la marcha ha sido grande,
y si el reparo no alivia
el cansancio, aunque constantes
son sus fuerzas, no es posible,
que dexen de fatigarse.
Arzob. O Rey santo! tu memoria *ap.*
viva en las eternidades.
Vuestra Magestad, señor,
obra siempre como padre.
Rey. Con amor obró hoy la Reyna,
cuya virtud vigilante
siempre atenta al bien comun
de vasallos tan leales,
me ha escrito, que en todo el Reyno
las rogativas se hacen:
y en estos ruegos confio,
que Dios victoria ha de darme,
mas que en la gente, que sigue
mis Banderas y Estandartes.
Tocan al arma.
Pero quién al arma toca?
Sale Alvar Nuñez.
Alvar. Señor, ya ha llegado el trance
de la batalla. *Rey.* Qué dices,
Alvar Nuñez? *Alvar.* Que arrogante
el Moro nos la presenta
con Exército tan grande,
que el suelo en Tropas difusas
se cubre todo, y el ayre,
fatigado con pendones,
alquiceles y almaizares,
gime, y en nubes de polvo
se oculta el Sol, y no arde;
solo le dexa á sus lunas
el imperio de la tarde.
Rey. Así habrá mas que vencer,
y el Castellano corage
hallará para su triunfo

mundo que el valor le sacie.
Alvar. No el Exército de Xerxes
se miró tan formidable.
Diego. Qué importa, si le excedemos
en valor con muchas partes?
Rey. Valiente Alvar Nuñez, que
de Lara el blason os hace
entre los Moros temido,
siendo terror de su alfange:
Diego Lopez de Haro, cuyo
valor siempre heroyco y grande,
que con las canas prudente
se admira mas venerable:
Arzobispo Don Rodrigo,
(perdonad, si no hablé ántes
con vos, que de lo Soldado
me arrebaté, y no es culpable
en quien lo ha sido, que al ver
tanto Soldado delante,
en fe de lo que profesa,
con ellos primero hablase)
aunque el Moro nos presenta
la batalla, y ha de darse,
no ha de ser quando él la quiera,
aunque lo riña el corage
de vuestro valiente orgullo;
porque esto fuera arriesgarse
á que arrogante dixera,
que Alfonso Rey, á quien hace
tan grande vuestro valor,
este gusto llegó á darle.
Mañana Lúnes sin falta,
ántes que el Alva en celages
madrugue á peynar al Sol
la crencha hermosa, que esparce,
se la tengo yo de dar;
y porque el valor se arme
de confianzas seguras
(por lo que Dios ordenare)
su Cuerpo Sacramentado,
que es vida siempre inefable,
hemos de recibir todos.
La Comunion ha de darles
á todos generalmente
el Arzobispo, que nadie
es valiente, si no lleva
á este Señor de su parte.
Arzob. O Católico Monarca!
ó Christianísimo atlante
de la Fe! prospere el Cielo
siempre tus felicidades.
Sale un Soldado.
Sold. El Exército del Moro,
como ha caido la tarde,
y el nuestro no le ha salido
al encuentro, ya á los Reales
de á donde salió se ha vuelto.
Diego. Estas, señor, son señales
de que nos teme, y procura
con mas fuerza asegurarse.
Rey. Alferez Mayor. *Alvar.* Señor.
Rey. Dexando vuestro Estandarte
encomendado al Teniente,
aquesto importa fiarse
del valor que resplandece
en vos. *Alvar.* Vuestra Alteza mande.
Rey. Al campo habeis de ir del Moro
disfrazado con tal arte,
que podais reconocer
disposicion y lugares
á donde se fortalece,
advirtiendo por la parte,
que para que le embistamos
está la entrada mas fácil:
ya sabeis lo que me importa.
Alvar. Mi obediencia al punto parte.
Rey. Vamos, Arzobispo, y demos
órden de armar los Altares.
Arzob. Vamos, señor. *Diego.* Santo Rey!
Rey. Alvar Nuñez, no dilates
lo que ordeno.
Vánse todos, y quédase Alvar Nuñez solo.
Alvar. A obedecerte
parto, señor, al instante.
Mas ya la noche ha tendido
el negro infausto ropage,
y valido de sus sombras,
pues tan á la vista yace
el campo del Moro, intento
sin dilacion registrarle.
Esta entrada mas segura
parece, yo he de arrojarme.
Dentro uno. Póngase una centinela
á la baxada del valle.
Alvar. Por aquí no está segura,
que el enemigo reparte

ya las postas; por aquesta
será mi entrada mas fácil.
Entrase por un lado, y sale por otro.
La noche aun el tacto niega
á las plantas.
Dentro otro. A esta parte
se ocupe aquella colina.
Alvar. Ya en el campo estoy, y nadie
me ha sentido, inaccesible
el Real está del Alarbe.
Mas hácia aquí me parece,
que se acerca un bulto.
Sale Chorizo. Nadie
se vé como yo; mal haya
el alma de quien me trae
de este modo. *Alvar.* Si podré
este por lengua llevarle
á mi Real? *Chor.* Parece que
á mí se acerca un Gigante.
Alvar. A él me arrojo. *Chor.* Mas se llega.
Alvar. Esto ha de ser: quien es calle,
y sígame, si no quiere
dar la vida. *Chor.* Disparate
será, señor, que yo tengo
cortapicos y callares.
Chor. Quién eres?
Alvar. Soy por mi dicha
un Moro á nativitate.
Alvar. Pues sígame, y calle. *Chor.* Digo,
que callaré como un Angel;
pero mire usted, que ahora
acabó de libertarme
Zorayda; y si me cautiva,
se ha de enojar como un aspid;
porque voy á tratar cosas
de mi parte y de su parte
con el señor Alvar Nuñez.
Alvar. Choricillo? *Chor.* Cómo sabe
mi nombre? *Alvar.* No me conoces?
Chor. Alvar Nuñez? *Alvar.* Sí, vergante.
Chor. Vive Dios, que si no hablas
te paso de parte á parte.
Alvar. Cómo estás aquí? *Chor.* Y tú aquí
cómo demonios entraste
con tanto peligro, quando
se inunda el campo de Alarbes?
Alvar. Tantos son? *Chor.* Cuerpo de Dios,
que hay en estos aduares
mas Moros que longanizas.
Alvar. Qué hay de Zorayda?
Chor. Ahora sales
con eso? vamos de aquí,
no con la Mora te enzarces,
que ha salido ya la Luna,
y no podrás ocultarte,
que en saliendo de este riesgo
te lo diré. *Alvar.* No cobarde
estés. *Chor.* Digo, que con ella
(porque dexé cautivarme)
estuve, llegué, y vencí,
y amor está de tu parte:
ella viene á la batalla
hecha un marimacho Marte,
y ahora libre me envia
para que te lo contase.
Alvar. Albricias, Amor. *Sale Zorayda.*
Zorayd. En esta
sola y retirada parte
espero á Abdalla, que intento,
que aquí á solas me declare
quien soy, y si no lo dice,
por Alá, que he de matarle.
Chor. Moros vienen. *Alvar.* No te asustes,
que he de ver si logro el lance
de llevarme uno conmigo.
Chor. Estás borracho? qué haces?
Zorayd. Gente hay aquí, conocerla
es preciso: quién va? *Chor.* Nadie.
Zorayd. Quién va, digo?
Alvar. Quien intenta
así á mi campo llevarte.
Zorayd. Qué haces, hombre? mas qué miro?
Alvar. Zorayda? *Zorayd.* Alvar Nuñez?
Alvar. Sabes
si es ilusion del deseo
aquesta dicha de hallarme
en tus brazos? *Zorayd.* Sabes tú
si esta es ilusion amante
de mi afecto? *Alvar.* Solo sé,
que es milagro de Amor grande.
Chor. Vive Dios, que ella es Zorayda
por la puerca de mi madre.
Alvar. Y pues te tengo en mis brazos,
á mi campo he de llevarte
conmigo. *Zorayd.* Ay Alvar Nuñez!
que no ha de poder lograrse,
que

que es el peligro evidente.
Alvar. No hay riesgo que me acobarde,
pues que llevándote, cumplo
con lo Soldado y amante.
Zorayd. No te arriesgues.
Alvar. Nada temas.
Dent. uno. Dóblense hácia aquesta parte
las centinelas. *Zorayd*. Aquesta
es la ronda: hay mas pesares!
vete, Alvar Nuñez. *Alvar*. Zorayda,
yo no tengo de dexarte.
Zorayd. Vete.
Chor. Mas que han de cogernos.
Alvar. Vente tú conmigo, ántes
que nos sientan. *Salen dos Moros*.
Moro 1. Aquí hay gente.
Moro 2. El nombre den al instante.
Alvar. Perros, Alvar Nuñez soy. *Riñen*.
Moro 1. Traicion. *Zorayd*. Qué intentas?
Chor. Qué haces?
Alvar. Para que escapar podamos
matar aquestos cobardes.
Metelos á cuchilladas.
Zorayd. A gran peligro te arrojas.
Chor. El hará que nos empalen.
Moro 1. Muerto soy.
Alvar. No huyais, gallinas:
mi intento he logrado, ántes
que nos sigan, vamos. *Zorayd*. Cómo
será posible lograrse?
Alvar. Llevándote yo en mis brazos,
ántes que ellos nos alcancen.
Dent. unos. Al arma toca. *Otros*. Traicion.
Alvar. Nada, Zorayda, te espante.
Zorayd. Contigo no temo el riesgo.
Chor. Yo voy temiendo un desastre. *Vanse*.
Salen el Rey, el Arzobispo, Don Diego y Soldados.
Rey. No os desaliente, Christianos,
del Moro la fortaleza,
que el desmayo en la ocasion
infeliz hace la empresa.
Ya el Moro ha tocado al arma,
y el dia á alumbrar empieza;
hoy le he de dar la batalla,
ninguno alentado tema,
no pavorosa la muerte
en vosotros desfallezca;
aquel valor heredado,
que arde honroso en vuestras venas,
aliente, aníme el corage,
que esa multitud inmensa
de Bárbaros, á mas gloria
con el vencimiento os lleva.
Hoy si venceis, queda España
libre de opresion tan fiera,
en que el Moro la ha tenido
(que es de nosotros afrenta)
y si desmayais cobardes,
se reduce á la miseria
infeliz de ser esclavos:
pues quién habrá que no quiera
comprar una libertad
por una vida que cuesta?
Diego. Señor, á morir contigo
nuestras personas dispuestas
están todas, que á lo noble
no la muerte le amedrenta.
Rey. Que no haya vuelto Alvar Nuñez
me tiene con grande pena.
Salen Alvar Nuñez, Zorayda y Chorizo.
Alvar. Aquí Alvar Nuñez está
á vuestras plantas excelsas.
Rey. Qué hay, Alvar Nuñez? *Alvar*. Señor,
como mandaste supiera
del Exército del Moro
los intentos y las fuerzas
de Abenyucef, aquí traigo
su pensamiento por lengua,
pues que te traigo á Zorayda.
Rey. Qué dices?
Zorayd. Que á tus pies puesta *arrodíllase*.
otra vez está, señor,
la que ser tu esclava intenta.
Rey. Llega á mis brazos, Zorayda,
que tenerte prisionera
otra vez, estimo mas,
que si al Moro le venciera.
Zorayd. Yo tambien estimo mucho,
que mis rendimientos veas.
Diego. Mucho agradezco, Alvar Nuñez,
que lograses tal empresa.
Rey. De tu noble fe, Zorayda,
es fuerza hacer experiencia,
pidiéndote que me digas
de Abenyucef con certeza

toda la gente que trae,
los puestos y las defensas.
Zorayd. Aunque mi lealtad aventuro,
forzoso es que te obedezca.
Quinientos mil son los Moros,
que el campo inundan y anegan,
á cuyas plantas parece
que viene corta la tierra.
Su Real está inaccesible,
á quien defienden y cercan
fortines y empalizadas,
que abrazados de cadenas,
por todas partes la entrada
al ayre mismo le cierran;
sembrado en torno de abrojos
acerados, señorean
tanto el campo en fieras puntas,
que obedeciendo la espuela,
es imposible que pasen
los caballos, si no vuelan.
Rey. O quánto, mi Dios, ó quánto,
segun me aflige la pena
de ver así á mis vasallos,
necesito la asistencia
vuestra! Veinte y cinco mil
solo nuestro campo encierra,
corto número al contrario,
mucho número á esas fuerzas.
Desalentados están;
vuelva vuestra providencia
á sus pechos el valor,
y corto número sea,
con vuestro poder inmenso,
quien por vuestra gloria vuelva.
Todos, Señor, aunque malos,
somos hijos de la Iglesia;
no quien no os conoce triunfe
de quien con la Fe os confiesa.
Arzobispo? *Arzob.* Gran señor.
Rey. Mucho siento que se pierda
tanta gente noble. *Arzob.* No
se aflija así vuestra Alteza.
Rey. Hoy habemos de morir,
y solo lo que desea
mi valor, es que muramos
como buenos. *Arzob.* Nada tema
vuestra Magestad, que hoy
hemos de vencer: Nobleza
Castellana; valerosos
Aragoneses, hoy prueba
Dios vuestro valor: Navarros,
hijos todos de la guerra,
alentad vuestra esperanza,
el esfuerzo á vivir vuelva,
que yo de parte del Cielo
la victoria os hago cierta,
que no puede peligrar
el que por la Fe pelea.
Esa Imágen de MARIA
(que es dulce esperanza nuestra,
y Sol en nuestro Estandarte,
como Estampa de la Reyna,
que en el Sagrario Toledo
con este nombre venera)
será en luces soberanas
Iris de tanta tormenta:
todos habeis comulgado,
pues quién ha de haber que tema,
si de Christo Dios y Hombre
tan armado el pecho lleva?
Dentro unos. Toca al arma. *Tocan.*
Otros. Marche el campo,
guerra contra el Moro, guerra.
Rey. Ya el campo alentado está:
ó quanto el alma se alegra!
Españoles valerosos,
devotos doblad en tierra
la rodilla, para que
la Cruzada se os conceda.
Arrodíllanse todos, ménos el Arzobispo.
Arzob. Nuestro Santísimo Padre
Inocencio, que hoy se cuenta
Tercero de aqueste nombre,
los Tesoros de la Iglesia
os comunica y concede
plenísima Indulgencia
á quantos hoy asistís
á aquesta sagrada empresa,
y yo en su nombre os absuelvo
á todos de culpa y pena;
y en señal de aquesta gracia,
la bendicion sacra excelsa
de Dios Padre, de Dios Hijo,
y el Espíritu, que reynan
por los siglos de los siglos
(tres Personas y una Esencia)

para

para mayor gloria suya,
sobre vosotros descienda.
Todos. Amen. *Levántanse, y suena Mús.*
Rey. Mas qué dulce voz
la region del ayre puebla?
Arzob. Parece que se adelanta
la Aurora con luz mas bella.
Aparece en lo alto una Cruz resplandeciente, y canta la Música.
Música. Pues siempre la Fe
triunfa en esta seña,
alégrese el mundo,
que el Cielo se alegra.
Rey. Qué dulce sacra armonía
los sentidos enagena,
que el alma llena de gozo
al Cielo el sentido eleva?
Diego. Una Cruz sacra en el Cielo
purpúreos rayos ostenta.
Arzob. Mas que el Sol luce brillante.
Diego. Mas puros rayos la cercan.
Alvar. Rara maravilla! *Arzob.* Esto
misteriosamente enseña
nuestro triunfo. *Alvar.* Tal señal
nos da la victoria cierta,
que en otra ocasion Pelayo
al Moro venció con ella.
Dentro voces de Arma, arma.
Otros. Santiago, cierra, España,
guerra contra el Moro, guerra.
Música. Alégrese el mundo,
que el Cielo se alegra::-
Unos. Arma, arma, guerra, guerra.
Música. Pues siempre la Fe
triunfa en esta seña.
Otros. Arma, arma, guerra, guerra.
Rey. Señor, vuestras maravillas
alaben todos, y sea
esta señal de la Cruz
el triunfo que os engrandezca.
Arzob. Vamos á dar la batalla,
que la Cruz fixa en la esfera
nos quiere ver pelear.
Diego. El Campo ya lo desea.
Rey. Todos á ocupar los puestos
vamos. *Diego.* Repartir es fuerza
toda la gente con órden.
Rey. A vuestro cargo eso queda.
Alvar. Lleve á Zorayda una esquadra
á retirar á mi Tienda.
Zorayd. Qué es retirar? mi valor
morir por la Fe desea,
que aunque Christiana no soy,
sé que en vuestra Ley suprema
sirve el Bautismo de sangre
al que de agua no le tenga. *Vase.*
Rey. Aguarda, heroyca muger,
seguirte mi amor intenta. *Vanse.*
Chor. Váyanse con Dios, que yo
desde aquí he de ver la fiesta.
Válgame Dios, qué gran dia
al demonio se le espera!
mas si tendrá prevenido
los tizones y calderas
para cocer estos galgos,
que es la comida muy tiesa?
Yo apostaré, que hay diablillo,
que tirando de una pierna,
por no poderla mascar
entre dientes se la dexa.
Pero ya el campo se mueve,
y la batalla dispuesta
está en quatro batallones,
que emulándose á sí mesma,
en gala y en bizarría,
en esfuerzo y gentileza,
si pudiera haber temor,
á sí misma se temiera.
Diego Lopez de Haro es
el que la vanguardia lleva.
Nuestro gran Monarca Alfonso
la retaguardia gobierna,
con que toda la batalla
gloriosamente la cierra.
El Arzobispo á su lado
valiente nunca le dexa,
que en su púrpura el valor
sagrado ardor reverbera.
Domingo Pasqual, que es
Canónigo de la Iglesia
Toledana, con la Cruz
el Guion sagrado lleva,
cuya insignia victoriosa
todo el campo señorea.
Ya bizarros unos y otros
al enemigo se acercan;

ya el Moro al encuentro sale,
ya se cascan, ya se pegan.
Tocan, y suena ruido de batalla.
Dent. voces. Santiago, cierra, España,
viva Christo, Mahoma muera.
Dent. D. Diego. Castellanos valerosos,
seguidme. *Chor.* El Haro se empeña
á que no pasen por él
los perros, que se los lleva.
Dentro voces. Viva Alfonso.
Dentro Moros. Mahoma viva.
Dentro voces. Viva Alfonso.
Chor. Viva y beba.
Dentro Miram. Ea, Moros mios, á ellos,
que vuestra victoria es cierta.
Chor. Desde su Real Macemuto
en un Trono que le eleva,
en una mano la espada,
y el Alcoran de su secta
en la otra, con ahullidos
sus mastinazos alienta:
pero ya los Esquadrones
unos con otros se mezclan;
ya se pierde Don Beltran
con la mucha polvareda.
Dentro voces. Santiago, Santiago, á ellos.
Dentro Moros. Mahoma nuestro Profeta
nos ayude. *Chor.* A lindo santo
los bonetes se encomiendan:
mas vive Christo, que huyen
los nuestros: en estas peñas
me encaramo, no me topen,
y me rompan la cabeza. *Escóndese.*
Salen unos Soldados peleando, y retirándose de algunos Moros.
Sold. La multitud de los Moros
ya no tiene resistencia.
Moros. Mahoma viva. *Sold.* Fiero trance!
los pies solos nos defiendan. *Vanse.*
Moros. Victoria, que van huyendo.
Sale el Rey con la espada desnuda.
Rey. Christianos, no desfallezcan
vuestros brios, no mancheis
el honor con esta afrenta.
Sale el Arzobispo con la espada desnuda.
Arzob. Castellanos valerosos,
muera esta canalla ciega:
volved, volved al combate,
que vuestro Rey os alienta.
Rey. Ya imposible es detenerlos.
Salen unos Moros, y acometen al Rey, y sale Zorayda y pónese á su lado.
Moros. Mueran todos, á ellos, mueran.
Zorayd. A tu lado estoy, señor,
morir sabré en tu defensa.
Rey. Qué es morir, perros? Santiago,
Santiago.
Baxa Santiago Apóstol en un Caballo rápidamente, pelea con los Moros, y vuelve á subir así mismo.
Santiago. Ya en tu defensa,
Castellano Alfonso, está,
porque con mi ayuda venzas,
viva la Fe, que así Dios
ampara siempre su Iglesia.
Moro 1. Entorpecido el valor
la espada á mover no acierta.
Moro 2. Qué encanto es aqueste?
Moro 3. Huyamos,
pues no hallamos resistencia
en nuestros brios. *Retíranlos.*
Rey. Qué rayo
armado rompe la esfera,
y en bridon de fuego y nieve
lo que abrasa á un tiempo yela?
Zorayd. Christianos, al triunfo, al triunfo,
que ya la victoria es vuestra.
Arzob. Santiago, Santiago, á ellos. *Vanse.*
Chor. Ya maza en la cola llevan
los mastines; lindo es
ver los toros desde afuera:
pero qué gallardo jóven
con la empalizada cierra
del Real del Moro, y lanzando
al galan bruto la rienda,
la altura de la estacada
vencer valeroso intenta?
Alvar Nuñez es, brincóla:
valgate Santa Gadéa.
Sale Alvar Nuñez con el Estandarte y la espada en la mano.
Alvar. Sobre el viento mi Caballo
me entró en el Real: dulce Reyna
del Sagrario, á quien no pueden
herir enemigas flechas,
pues empezais la victoria

to-

toda la gloria se os deba. *Vase.*
Dent. Miram. Moros, que entraron al Real,
todos aquí en su defensa.
Alvar. Santiago, aquí, Castellanos.
Dent. voces. Arma, arma, guerra, guerra.
Chor. Uno, dos, tres, quatro, cinco,
mil, quatro mil, ya no hay cuenta
de los Moros que derriban,
que á millares las hileras
por donde pasa la Cruz,
que Domingo Pasqual lleva
del Guion del Arzobispo,
de su estado se caen muertas.
Dent. voces. Victoria, victoria, España
viva. *Salen Miramamolin y un Moro.*
Miram. Ya mis banderas
con sus lunas eclipsadas
el Imperio Arabe afrentan:
triunfante Alfonso se mira.
Moro. Huye, señor, que no hay fuerza
que resista á los Christianos;
mas de doscientos mil quedan
muertos de los tuyos. *Chor.* Presto
le ha ajustado la cuenta.
Miram. Huyamos, pues la fortuna
mas recurso no me dexa.
Sale Zorayda. Ninguno escape con vida,
Christo viva, Mahoma muera:
pero el Gran Sultan es este.
Miram. Qué miro! así la fineza
pagas de mi amor, ingrata?
Zorayd. De Dios vuelvo por la Iglesia;
pero porque á mi atencion
alguna hidalguía deba
el amor que me has tenido,
darte aquí la vida sea
recompensa: vete al punto,
que yo en este sitio puesta
estorbaré que te sigan
los mios: vete, que llegan.
Miram. Mas siento perderte, ingrata,
que si la vida perdiera.
Vanse los dos, y salen retirando á Abdalla D. Diego Lopez de Haro y Alvar Nuñez, y luego salen el Rey y el Arzobispo.
Alvar. Rendíos, Moros.
Diego. Mueran todos.
Abd. Qué desdicha!
Zorayd. Tu clemencia,
pues te hace el Cielo feliz,
les valga, señor. *Rey.* Suspendan
vuestras iras los aceros.
Alvar. Señor, mejor es que mueran.
Abd. Gran Diego Lopez de Haro,
esta divina belleza
que miras, es hija tuya;
ella, señor, sea defensa,
para que nos des las vidas.
Diego. Qué dices, Moro?
Zorayd. Qué intenta *ap.*
Abdalla? *Rey.* Moro, qué dices?
Alvar. Cielos, el alma suspensa *ap.*
está de su voz. *Abd.* Zorayda,
que ser Mora representa,
es Doña Beatriz de Haro,
á quien yo prendí en Consuegra
el dia que Abenyucef
(tu campo roto) entró en ella;
con el ama la llevé
cautiva, á tiempo que muerta
Zorayda, hija de Mahomad
(á quien yo tuve en tutela)
hallé, y codicioso entónces
por gozar de tanta hacienda,
con ella suplí su falta,
sin que ninguno supiera
este misterio (tanto hace
el poder de una cautela)
y para que esta verdad
duda alguna no padezca,
esta medalla, que al cuello
llevó de tus armas mesmas,
te restituyo, porque
testigo en mi abono sea,
que siempre traxe conmigo,
y ahora mi verdad te entrega.
Dale una lámina.
Diego. Esta es la que dí á su madre,
y quando no fuera cierta,
el parecérsele tanto
y el corazon lo dixeran.
Rey. Raro asombro! *Arzob.* Caso extraño!
Alvar. Albricias, Amor. *ap.*
Zorayd. Qué pueda
caber en mí tal fortuna!
Diego. Hija amada, dulce prenda,
lle-

llega á mis brazos, qué dudas?
Zorayd. El alma y vida te entrega,
padre y señor, mi cariño:
qué dicha, Cielos! *Abd.* Qué pena!
Rey. Arzobispo, para que
el triunfo glorioso sea,
demos á Dios y á su Cruz
las gracias, y á MARIA excelsa,
pues nos la alcanzó, y al Papa
le daré de todo cuenta,
pues como Padre ha de holgarse
de este triunfo de la Iglesia.
Arzob. Doscientos mil de los Moros
murieron, ciento y ochenta
mil son cautivos; y solo
de los Christianos se cuentan
veinte y cinco, que dichosos
la palma gozan eterna
del martirio. *Rey.* El despojo,
Don Diego, vuestra prudencia
repartirá. *Diego.* Gran señor,
la parte, que dentro encierra
todo el Real del Africano,
oro, diamantes y perlas
al de Aragon y Navarra
se ha de dar, y lo de afuera
se reparta á los Soldados,
que yo para vuestra Alteza
solo quiero::- *Rey.* Qué?
Diego. La honra
de la victoria. *Rey.* Tenerla
es preciso, quien vasallos
tan nobles tiene, y es fuerza,
que la honra aquí sea mia,
siendo la victoria vuestra.
Diego. Dicha es mia.
Zorayd. y Alvar. Y de los dos
es muy venturosa estrella.
Todos. Y aquí, Senado, da fin
la victoria mas excelsa,
que el Rey Don Alfonso el Bueno
ganó, y el mundo celebra.

FIN.

Con Licencia: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos. Año 1761.